

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

veinte mil años para morir

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

VEINTE MIL AÑOS PARA MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 487

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 24.611 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1971

© SILVER KANE, 1971
sobre la parte literaria

© JOSE TRIAY, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.231 — Los dientes del destino.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.096 — Avernus.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738 — Infierno: Capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO:

930 — Muerte para mi querida esposa.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que mi hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

515 — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

483 — La novia traía sangre.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

85 — El hijo del *sheriff*.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

35 — Los bribones de Nuevo México.

CAPÍTULO PRIMERO

Rocé con los dedos mi frente y noté que estaba bañada en un sudor helado. Mi cerebro estaba embotado, hundido, pero aun así pude hacerme una pregunta: ¿cómo podía sentir frío en pleno mes de julio, y metido en la canícula de San Francisco? ¿Cómo? ¿Y por qué?

Sencillamente por una sola razón: TENÍA MIEDO.

Dejé de pensar y me hundí otra vez en aquella especie de abismo.

Un abismo sin paredes, sin fondo, muy semejante a lo que debe ser el abismo de la eternidad.

Otra vez el maldito sueño.

Otra vez volví a ver aquello.

El paisaje liso como la palma de la mano en el que se alzaban unos edificios chatos. Por encima había unas enormes ruedas y una especie de montaña ondulada. No entendía lo que aquello podía significar. Pero los edificios se acercaban. SE ACERCABAN... Parecían envolverme.

Y de pronto, desaparecían.

En su lugar parecía estallar ante mis ojos una sola imagen.

Una tumba.

Una tumba en el suelo.

Había una sencilla lápida que no podía distinguir bien. Y una pequeña cruz. Y, en torno de todo aquello, una extraña sensación de olvido.

Hasta que de pronto...

... ¡LA LAPIDA SE ALZABA!

... ¡LA TUMBA SE ABRIA!

Una mano descarnada, angulosa, la horrible mano de un esqueleto, que aún conservara jirones de carne, aparecía por el hueco entre la lápida y el suelo.

Yo sentí mi propio grito.

Un grito ronco, ahogado, sin fuerzas.

Un grito de hombre al borde de la muerte.

Y dejé incluso de soñar. Perdí el sentido completamente. Me hundí en una especie de eterno olvido.

A la mañana siguiente vino el doctor Alfred, como todas las mañanas desde hacía quince días.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Cómo va mi enfermo? ¿Mejor hoy? ¿Cómo nos encontramos?

No le contesté.

Esa mañana estaba tan débil que no me sentía con ánimos ni para despegar los labios.

—Le prepararé lo de siempre —dijo—. Comprendo que es un poco molesto, pero a la larga le sentará bien.

Mientras él trajinaba en sus cachivaches, de espaldas a mí, yo miré mi habitación como si ésta fuera un sitio desconocido, como si la viese por primera vez.

Era una pieza cuadrada, con una mesa, dos sillas, un aparato de televisión ya algo cascado y una estantería donde se apilaban todas las revistas que yo había ido leyendo en aquellos días de soledad. También estaba, naturalmente, la cama en que yacía yo, pero esa cama sólo podía verla en parte. Y a mi izquierda tenía la ventana, una ventana que daba a la animación de Eddy Street, pero a la que yo podía asomarme raras veces.

Alfred comentó:

—Hace calor, ¿eh? Es extraño. En San Francisco gozamos de un clima fresquito todo el año, y estos días ya ve usted. He tenido que hacer funcionar la refrigeración del coche.

Cerré los ojos.

San Francisco es una ciudad que me gusta.

Es quizá la que tiene más personalidad de esa inmensa colmena que se llama los Estados Unidos de América.

Y tenía que ser aquí donde sufrí aquel aparatoso accidente de automóvil. Aquel accidente que ya me tenía quince días postrado después de tenerme quince más entre la vida y la muerte.

Alfred se volvió.

—Tome, aquí está su veneno de todos los días. Béballo sin respirar y... ¡adelante!

Lo bebí de un trago.

Sabía que aquello me sentaba bien para ir reponiéndome poco a poco. Alfred es un médico que conoce lo que se lleva entre manos.

—Doctor... Una pregunta: ¿Cabe la posibilidad de que esta medicina produzca pesadillas?

Alfred rió.

—Oh, no... Al contrario. ¿Pero qué pasa? ¿Es que tiene usted pesadillas?

—Sólo esta noche. Esta noche he tenido una por primera vez, pero ha sido horrible.

—En todo caso no tendrá la culpa la medicina, se lo aseguro. Más bien le diría que produce el efecto contrario. Es un sedante de primera clase, uno de esos sedantes que aquietan a cualquiera y borran las emociones. Se lo explicaré mejor: las noches de usted han de ser tan tranquilas que si sueltan un cañonazo a su lado usted lo nota, pero no se despierta del todo. Y encima no se emociona.

Me puso el termómetro mientras preguntaba:

—¿Qué ha soñado?

—Oh, nada, no tiene importancia. Cosas de muertos.

—Pues sueñe en los vivos, amigo mío. O en las vivas. ¡Porque en San Francisco hay cada viva!... ¡Compadre, qué señoras!... De todos modos, si esas pesadillas volviesen, dígamelo. Señal de que el sedante que le doy no es bastante fuerte.

Me retiró el termómetro, vio que la temperatura era correcta y me recomendó paciencia por unos días más. Luego se largó. Alfred sabía cuidar de mí y me estaba demostrando que era un buen hombre.

No sé ni cómo pasé aquel día.

Quizá el médico me había dado más dosis. Pero la verdad es que no me enteré de casi nada. Comí sólo un poco de lo que me trajo la señora Bunter, que era la que cuidaba de mí. En vista de eso, me dijo que cada vez iba a ponerme más débil y me inyectó ella misma una ampolla de un complejo vitamínico. Quizá lo necesitaba, porque la verdad era que después del accidente me había quedado muy débil.

Por la noche volvió a hacer calor.

En torno mío no se oía nada. Quizá no he dicho que yo era el único ocupante de aquel edificio en trance de derribo, y que era el

único sitio de la ciudad donde me habían permitido pasar casi un mes sin apenas pagar nada. La luz y el agua no estaban cortados por milagro. En realidad, el edificio donde yo vivía no era más que un bloque hostil y silencioso en la calle.

Al otro lado existía un edificio similar, también viejo, también de ladrillo rojo, también de esos que van a desaparecer un día para que en su lugar se alce un rascacielos de acero y cristal.

En la planta baja había una lavandería y un bar frecuentado a ratos por unas cuantas chicas alegres de las que buscan amistades. Más allá unas cuantas tiendas pequeñas, esas tiendas que nosotros llamaríamos quizá supermercados porque en ellas hay de todo en régimen de libre servicio, pero que cabrían en una caja de zapatos.

Apenas podía abrir los ojos.

Bueno, ¿qué me importaba todo aquello?

¿Qué me importaban las tiendas, el bar, las chicas...?

Mi debilidad era tan intensa que me quedé postrado. Y entonces volvió el condenado sueño.

No sé cuándo empezó.

Ni si fue largo o corto.

Sólo sentía otra vez aquello: EL MIEDO.

La tumba se había abierto del todo, y una especie de monstruo inhumano brotaba ante mí. Era algo que yo no había visto nunca, que no esperaba ver jamás. Un cadáver a medio descomponer. Algo que me llenaba de náuseas y al mismo tiempo de horror. Algo que sin duda, todos llevamos dentro, por la propia miseria de nuestra naturaleza, pero que no es nuestro. Que no es de nuestro mundo ni podemos comprender.

Luego, desapareció el monstruo.

Y otra vez el paisaje liso, los edificios achatados, la rueda gigantesca y aquella especie de montañas onduladas al fondo.

¿Qué era?

¿Qué significaba?

Aquel sueño resultaba la mar de extraño para mí. Porque durante él yo pensaba, estoy seguro de que pensaba. Y me preguntaba a mí mismo si alguna vez había estado ante un paisaje semejante, si aquello era, por ejemplo, un recuerdo de mi niñez.

Dicen que los sueños no nacen por sí solos.

Que están compuestos de recuerdos y de vivencias interiores, de

cosas que nos han sucedido aunque no hayan dejado en nosotros el menor recuerdo.

O de cosas que han de sucedernos.

Bueno, eso aseguran algunos.

El caso es que aquel paisaje se fue alejando, alejando, hasta que al final desapareció.

Hice un esfuerzo terrible para despertar y recobrar el dominio completo de mis sentidos, y con gran sorpresa mía me encontré sentado en la cama. Las luces de Eddy Street titilaban abajo, en una especie de distancia absurda. Junto a las aceras aún se oían los motores de algunos coches.

Pensé entonces que tenía que irme de allí.

Me volvería loco.

Pensé que tenía que irme o estaba condenado.

CAPÍTULO II

El sueño volvió a la noche siguiente, después de un día más en el que sucedieron todas las cosas rutinarias que estaban sucediendo desde quince días antes. La visita de Alfred, los cuidados de la señora Bunter, la visión de unos cuantos programas de TV que no consiguieron distraerme... Lo cierto era que yo esperaba con expectación y con horror la noche. Esperaba para saber si todo aquello iba a repetirse.

Pero sin dejarme dominar por el miedo.

Yo siempre he sido un hombre reflexivo.

Sé que cada cosa tiene su explicación.

Y la explicación de todo esto era los delirios que me estaba causando la maldita medicina administrada por Alfred. La cosa estaba clara para mí. La medicina me ayudaba a recuperarme físicamente, pero destrozaba mi cerebro. Me producía fantasías y delirios. Me hacía entrar en un mundo que no había existido nunca.

Y aquella noche el sueño volvió.

Yo traté de mantenerme despierto todo lo posible, para no caer en él, pero al fin me venció aquel especial sopor que me producían los calmantes. No sé cuánto tiempo pasó desde que cerré los ojos, pero vi, al fin, el paisaje ya conocido, siempre el mismo, tan familiar que me parecía haber vivido siempre en él.

Y de nuevo la tumba.

De nuevo la lápida que se alzaba.

Otra vez aquella mano, aquel absurdo, nauseabundo, espectral horror...

Grité para mí mismo: ¡BASTA!

No quería seguir soñando.

Todas mis fuerzas, toda mi voluntad se rebelaban contra aquella esclavitud de mi cerebro, contra aquel maldito mundo en el que me metía a la fuerza la brujería de la noche.

Traté de despertar.

Todo aquello era absurdo, todo aquello no existía.

Y de pronto la visión desapareció.

Fue sustituida por algo muy extraño. Fue sustituida por la imagen de una muchacha a la que veía de lejos, pero a la que podía distinguir bien. Era una chica de facciones hermosas aunque horriblemente desencajadas. Era una chica que parecía gritar de horror.

Claro que yo no oí nada.

En los sueños los sonidos no se oyen.

De pronto aquella chica saltó al vacío.

Desapareció de mi vista.

Se hundió en una especie de abismo que yo no podía distinguir, en una sima silenciosa que parecía estar más allá del espacio y más allá del tiempo.

No sé si yo lancé un grito.

Me llevé las manos a la frente.

El sudor helado otra vez.

Y otra vez EL MIEDO...

Rechiné los dientes y me cubrí con las ropas hasta la cabeza. O no sé si de verdad hice eso. El caso fue que todo desapareció. Se esfumó para siempre aquella absurda, estúpida, increíble pesadilla...

Por la mañana Alfred vino a la hora de costumbre.

—¿Qué, Colbert? ¿Cómo andamos?

No pude ni responderle.

Creo que yo estaba lívido.

Y sin embargo, había de reconocer que no me faltaban las fuerzas físicas. En ese sentido me encontraba mejor. Lo que me hundía era una especie de ruptura moral conmigo mismo. Como si me faltaran las ganas de vivir.

Alfred lo notó.

—Bueno —dijo— basta de mandangas y de complejos. Físicamente está usted mucho más fuerte que hace días.

—Tal vez.

—¿Se levanta?

—Sólo voy al baño a lavarme.

—Eso por supuesto. ¿Pero no pasea por la habitación?

—No tengo ganas.

—Pues hay que animarse. Hala, ahora mismo se va a levantar. Y asómese un poco por la ventana, hombre. Haga que le dé el aire...

El mismo me ayudó. Tal como estaba, en pijama, alcé la hoja de la ventana, que era de guillotina, y me apoyé en el alféizar.

Vi el paisaje conocido de todos los días: las tiendecillas, el bar con las muchachas buscadoras de fortuna y el escaso tráfico de Eddy Street. Un par de autocares giraban a la altura del hotel Olympic. Un patrullero también daba vueltas haciendo destellar su luz, como si buscara algo.

Todo eso yo lo conocía, pero desde la cama no podía ver más que la casa frontera. Ahora veía la calle en toda su extensión. Era mi mundo y sin embargo, no lo era. Sólo al sentir que el aire me daba en la cara tuve la sensación de haberme liberado de algo que me oprimía.

Alfred murmuró desde dentro, mientras preparaba su condenada pócima:

—¿Qué? ¿Se siente mejor?

—Seguramente.

—Lo que necesita es librarse de esta sensación de opresión. Ha estado encerrado demasiado tiempo.

—Tenía razón, doctor. He estado demasiado tiempo quieto, hundido en mí mismo. Me estaba pudriendo por dentro, ¿sabe? Todas estas pesadillas tienen la misma causa.

Y miró hacia abajo.

Mis ojos parpadearon.

¿Qué hacía aquel patrullero allí? ¿Y los dos policías que aún tomaban medidas en la acera? ¿Y el fotógrafo de Prensa que se había puesto a disparar su *flash*? ¿Y aquellos dos o tres curiosos que estaban detenidos ante la casa frontera?

Ya estaban allí cuando yo me asomé, pero era ahora cuando me llamaban la atención, al fijarme concretamente en el lado opuesto de la calle.

En mis ojos hubo como un relampagueo.

Como un brillo de muerte.

¿Qué era aquella mancha oscura en torno a la cual tomaban medidas los polizontes del coche patrullero? ¿Era sangre?

Alfred se había acercado a mí con el vaso en la mano.

Percibía su aliento cálido en la nuca.

—¿Qué mira?

—Eso de ahí abajo, ¿qué es?

Hizo un gesto de contrariedad.

—Vaya, no lo había pensado. He elegido un mal momento para aconsejarle que se asomase por la ventana.

—¿Por qué?

—Anoche hubo ahí una tragedia.

Sentí que se me secaba espantosamente la boca.

—¿Qué clase de tragedia? —Pude musitar con un soplo de voz.

—Una cosa que quizá es vulgar en una ciudad como ésta: Una chica se arrojó por la ventana...

CAPÍTULO III

El aparato de televisión me enviaba a través de la quietud de la habitación las imágenes de un partido de béisbol. ¿Quiénes eran aquéllos? ¿Los Giants? ¿Y los otros? ¿Los otros eran los Dockers?

La gente chillaba, se enardecía. Las jugadas quizá eran de gran emoción.

Pero yo no conseguía interesarme. Normalmente los deportes me interesan; no obstante ahora no sabía ni quiénes eran los dos equipos.

Me levanté pesadamente.

Era extraño lo que me ocurría. Físicamente estaba mejor y, sin embargo, me bastaba ponerme en pie para sentir vértigo.

Miré la hoja del calendario.

Dos días.

Dos días desde que Alfred me dijo: «Una cosa que quizá es vulgar en esta ciudad. Una chica se arrojó por la ventana...». Dos días eternos con dos noches interminables, durante las cuales, sin embargo, no se había vuelto a repetir la pesadilla.

Recordé, no sé por qué, una vieja historia que había leído... «Y la bruja hija del diablo, mientras vivió, sembró a su paso pesadillas y sueños malditos. La gente vivía aterrorizada, porque sabía que el infierno entraba en su mente durante el sueño. Pero luego, la bruja murió. Y entonces las pesadillas murieron con ella...».

¿La bruja?

¿Era una bruja la chica que había saltado al abismo a través de aquella ventana?

Tomé un ejemplar del *San Francisco Chronicle* que había recibido aquella mañana. Miré de nuevo el anuncio que había recuadrado yo mismo con lápiz rojo:

APARTAMENTO TRES PIEZAS ALQUILO POR DOS

MESES.
PRECIO MUY MÓDICO POR TRATARSE DE FINCA EN
TRANSE DE DERRIBO SITUACIÓN: 212 DE EDDY
STREET. S. F.
INFORMES EN LA MISMA CASA.

Informes en la misma casa... La miré. El 212 de Eddy Street era la que tenía enfrente. La única casa que había podido contemplar durante mis condenadas horas de soledad, a través de la ventana. La misma por la que la muchacha (¿la bruja?) había saltado al abismo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Yo esperaba la visita, aunque no tan pronto. Por eso no iba vestido con pijama, como otras veces, sino igual que si fuera a salir a la calle. Mi aspecto no era el de un enfermo, aunque para moverme aún necesitaba la ayuda de un bastón.

Parpadeé al ver allí a una chica tan... tan excitante.

Yo llevaba mucho tiempo sin ver mujeres.

Quizá por eso la que tenía delante me pareció tan sensacional.

Y porque además lo era.

La chica vestía un ceñido dos piezas marrón que modelaba su escultural figura. Llevaba unas botas de alto tacón y unas medias muy finas. La mini, no demasiado exagerada, modelaba sus soberbias piernas.

Musitó:

—Creo que me he adelantado un poco.

—Una chica como usted siempre es bien recibida —susurré—. ¿Pero de qué cielo viene? ¿Del sexto o del séptimo? ¿Cómo es que le ha dado por descolgarse aquí?

—No me he descolgado. He venido en un coche pagado a plazos. Y me envía el señor Pineas Pinker.

—Ah, Pineas Pinker... El viejo vampiro. Por favor, pase.

Ella pasó y se sentó.

Hermoso monumento que estaba esperando solo alguien que se lo llevase a casa. Hermosa silueta para prestigiar la portada de una revista. Hermoso todo en ella, desde los labios pulposos hasta las rodillas torneadas y sólidas.

—Soy la secretaria de contabilidad —dijo—. Me envían por el asunto de la carta que usted escribió.

—Pidiendo un anticipo —susurré—. Es un mal asunto. Casi un

pecado mortal tratándose de Pineas Pinker. Supongo que se habrá negado.

Ella no contestó directamente. Sólo me miró con cierta divertida curiosidad, como si yo fuese un bicho raro.

—Es la primera vez que veo a un *free-lancer* —dijo—. ¿Cómo diablos se dedicó a eso? [1].

—Un hombre que no sirve para nada —dije modestamente— en algo tiene que ganarse la vida.

—¿Cómo sufrió el accidente?

—Muy sencillo y muy complicado a la vez. La casa Ford había lanzado un coche-ensayo, una especie de coche «maldito» en pruebas, que pensaba experimentar con vistas a las 24 horas de Le Mans. Un piloto había muerto en él y otro estaba gravemente herido. Hubo una polémica nacional sobre la seguridad en los coches. Usted seguramente la recordará. Y entonces yo me empené. Aún recuerdo las últimas palabras del técnico cuando me lancé por el circuito de Annápolis: «Sobre todo en las curvas reduce. Y si el coche se te va, no vaciles en meter segunda, segunda, segunda»... Bueno, no sé lo que hice. La primera curva me salió bien, pero en la segunda me fui al diablo.

Ella entrecerró los ojos.

—Y no cobró nada...

—No.

—Pues lo siento, pero el señor Pineas Pinker dice que no cree en usted. Dice que su agencia ha vendido bastante mal el último reportaje que nos colocó, aquel sobre los guerrilleros de Bolivia. Y que no puede darle más anticipo que cincuenta dólares.

La chica lo decía con vergüenza.

Sin duda por ser nueva en la casa le habían encargado aquella triste embajada. La misión de hundir a un hombre. Volvió la cabeza con timidez y susurró:

—Le aseguro que lo siento...

—Es una limosna.

—Sí, sí, es una limosna... ¿Pero para qué quiere usted el dinero, Monty? Porque usted es Monty Miller, ¿no? He mirado la ficha antes de venir. ¿Para qué quiere usted el dinero? Sé que la casa Ford, aunque no estaba obligada, le pagó primero el hospital, y luego el médico y las medicinas. ¿Qué pasa? ¿Quiere irse de San

Francisco?

Moví negativamente la cabeza.

—Es por una mujer —dije.

En realidad yo no mentía al decir aquello, pero ella entendió la frase en su sentido más normal y corriente.

Una mujer... Noté como una chispita de decepción en sus ojos.

A una chica, aunque apenas conozca a un hombre, le molesta que éste le hable de otra chica.

—Debe ser desesperante —musitó—. Conozco a las de mi especie. Las mujeres somos exigentes. Cuando se quiere a una, debe ser muy amargo estar sin blanca.

—Lo es —susurré—, pero usted no tiene la culpa. Usted ha realizado muy bien el trabajo que Pineas Pinker le encargó. Ahora realice, por favor, el que le encargo yo. Dígale que se meta en las narices sus cincuenta dólares.

Ella se mordió el labio inferior.

Parecía molestarle, herirle, aquella situación. Dejarme de ese modo, con una humillación clavada en el cerebro.

—Señor Monty Miller —dijo inesperadamente—. Yo no sirvo para según qué situaciones. No puedo trabajar junto a mi hombre como Pineas, que dice a todo que no.

—Eso le honra, pequeña, pero no pierda el empleo. Al menos la de Pineas Pinker es una casa segura. En cuanto a mí, no se preocupe. Estoy acostumbrado a esos pequeños desastres.

Ella siguió mordiéndose los labios y siguió diciendo cosas inesperadas para mí:

—Señor Miller, ¿usted aceptaría la ayuda de una mujer? Una ayuda limitada a siete u ocho días, por supuesto. Hasta que usted encuentre manera de rehacerse.

—¿Qué clase de ayuda?...

—Tengo que ingresar una serie de talones en cuenta corriente al salir de aquí. Ya le he dicho que soy la secretaria de contabilidad. Llevo uno de seiscientos dólares, lo que ya constituye una suma algo respetable. Si le parece puedo dejar de ingresarlo y dárselo a usted.

—Pero...

—No, no me interrumpa. El Banco no pasará la relación de ingresos hasta dentro de tres o cuatro días, y esa relación llegará a

mis manos. Puedo entretenerla cuatro o cinco días más, hasta que usted reintegre ese dinero.

La miré fijamente porque tuve la sensación de no haber visto nunca una chica así. Una chica que sentía vergüenza ante determinadas actitudes, ante determinados egoísmos. Una chica que estaba dispuesta a jugarse algo importante por ayudar a un hombre que aún necesitaba apoyarse en un bastón para dar unos pasos.

—¿Cómo se llama usted? —musité con voz poco firme.

—Rosanna.

—Pues bien, Rosanna, no se meta en esto. Déjeme pudrirme solo. Deje que me ahogue en mi propio jugo venenoso. No hay nada que hacer por mí.

—Pero usted debe tener mucho interés por esa mujer...

Estaba otra vez la chispita en sus ojos.

Sin embargo yo no la veía.

Yo miraba la casa vacía a través de la ventana, la casa que como aquella que habitaba yo iba a ser derribada pronto.

Si no conseguía aquel dinero, nunca averiguaría nada.

—En efecto —susurré—. Siento mucho interés por esa mujer.

—Entonces tome...

Me puso ella misma el cheque en la mano. Ni siquiera lo miré.

Sólo sentí el leve y cálido roce de sus dedos.

Los primeros dedos humanos que me habían ayudado en mucho tiempo.

La primera voz humana ante la que se esfumaban todas las sombras y todas las pesadillas...

Nunca me había parecido tan difícil cruzar una calle como Eddy Street, que al fin y al cabo no es demasiado ancha. Sólo tenía que ir de un lado a otro, pero aquello era para mí una aventura. Al fin, después de sortear dos taxis, me encontré en el otro lado. Un individuo con cara de piedra parecía aguardarme en el portal no demasiado limpio. Adivinó enseguida, por mi cara, que yo venía por lo del apartamento.

—Sí —dijo—, se lo enseñaré. Pero exigimos buenas referencias o pago de un mes por adelantado.

—Pagaré un mes por adelantado caso de que me interese —dije.

—Sígame.

Un ascensor lento y cadencioso, que parecía haber pertenecido a

la *belle époque*, antes del terremoto, nos elevó hasta el sexto piso. Me di cuenta de que allí no estaba habitado nada más. Pasaba como en el sitio donde yo vivía. Como las fincas iban a ser derribadas, los inquilinos ya se habían ido.

—Éste es un sitio tranquilo —me dijo el administrador—. Tranquilo por dos meses, claro, hasta que vengan los de la piqueta. Pero según qué oficio tenga usted, le resultará ideal porque no va a molestarle nadie.

—¿No hay vecinos?

—Ya no.

—Soy traductor —mentí—. Traduzco libros técnicos del alemán. Por supuesto, necesito un sitio que esté en calma.

—Pues vea.

Lo primero que distinguí, a través de la ventana, fue la ventana de la habitación donde yo dormía, al otro lado de la calle. Pero todo el edificio se veía tan abandonado y con tantos cristales rotos que daba la sensación de que nadie vivía allí. Luego, me fijé en los muebles.

Eran viejos. Lo menos tendrían cincuenta años. Conservaban esa solidez y esa «clase» de las cosas bien hechas, pero el verlos causaba mi efecto deprimente, casi siniestro. Uno pensaba inevitablemente en cuántas personas habrían muerto teniendo como última visión aquellos muebles.

También había un reloj parado, mi par de animales disecados y unas litografías en las paredes. Todas ellas representaban temas bíblicos. El aire de la habitación parecía pesado y gris, como si fuera un aire usado, tal vez un aire muerto. En definitiva mi aire de otra época.

El administrador me llevó a la otra pieza. Era un dormitorio grande, solemne, con unos muebles que yo, por llamarlos de algún modo, llamé napoleónicos. La cama era una especie de extraño y enorme mueble, mitad barca mitad ataúd. Sobre ella campeaba el más raro y siniestro dibujo que he visto jamás: un dibujo del diablo.

El administrador comprendió que no me gustaba aquello.

Y decidió pasar de largo.

—Ésta es la tercera y última pieza —dijo—, aparte del cuarto de baño, claro. Como ve, es el segundo dormitorio. Cama de metal muy moderna, dos butacas alegres, ese armario tan pesado que no

acaba de encajar en el conjunto...

Yo no miraba la cama, ni las butacas, ni el armario. Miraba el suelo, junto a la puerta, donde las baldosas estaban completamente rayadas, como si sobre ellas se hubiera arrastrado algo muy pesado que hubiese dejado su marca.

—¿Qué ha sido eso? —musité.

—¿El qué?

—Esas rayas. ¿Qué han arrastrado por el suelo?

—Ah, arrastrar... —el fulano pareció confundido—. Sí, ha sido ese armario. La chica lo tenía últimamente detrás de la puerta. No quería que entrara nadie...

Cerré los ojos un momento, mientras una especie de sombra negra parecía pasar por delante mío.

—¿Qué chica? —barboté.

—Muy sencillo. La que tuvo un ataque de locura y se arrojó por la ventana...

CAPÍTULO IV

—Ella era la criada del doctor Marcuse —me explicó la voz con un silbido—. Una chica joven que podía haber encontrado un empleo mejor. ¿Pero qué quieres que te diga? Marcuse debió infundirle confianza, y además en su casa había poco trabajo. Ella aceptaría el empleo provisionalmente, digo yo, mientras le salía algo más conveniente. Pero sólo estuvo allí tres días.

—¿Al tercero se mató?

—Sí.

—¿Fue ella? ¿No la arrojaron por la ventana?

—Claro que fue ella. Seguro que sí. No había nadie más en su habitación porque la tenía atrancada con aquel enorme armario. Hizo falta la fuerza de tres hombres para moverlo. ¿Qué impulso casi sobrehumano necesitó ella para colocarlo allí? ¿Y... por qué? Pero estaba contestando a tu pregunta, Monty Miller: No, no la arrojó nadie. Marcuse no hubiese podido mover la puerta con el armario detrás. Ella llevaba todo el día encerrada, y de repente... Bueno, quiero decirte que fue ella la que saltó, y lo hizo voluntariamente. No tenía en su cuerpo la menor señal de haber sido atacada.

La voz silbante cesó.

Yo miré a su dueño.

Mi amigo, el teniente Chrysler, que tiene nombre de coche, tiene también la garganta hecha cisco desde que se la abrieron con un balazo. Y desde entonces le ha quedado voz de pito.

—¿De dónde venía la chica? —musité.

—Tenemos la ficha. De un pueblo de Kansas. Era una chica de la llanura, una chica sana y llena de ingenuidad. Seguramente pensó que se plantaría aquí y que en una semana San Francisco sería suyo.

—¿Pero por qué se encerró? Dios santo... ¿Por qué puso el armario detrás de la puerta?

—No lo sabemos con exactitud, aunque la respuesta le salte a uno a los labios: Porque TENÍA MIEDO.

MIEDO... Igual que yo. ¿Miedo a qué? Miedo a nada. Miedo tal vez a lo que no existía.

—¿Y Marcuse? —susurré—. ¿Qué sabéis de él? No será el profesor de Berkeley, supongo [2].

—No, no lo es. Éste se dedicaba a traducir el sánscrito y el hebreo. Era un experto, entre otras cosas, en las Sagradas Escrituras.

—¿Dónde está?

Chrysler frunció el ceño.

—¿Dónde está? —insistí.

—No lo sabemos —dijo Chrysler—. Se le busca por todas partes, no precisamente para someterle a acusación, sino para que nos aclare una serie de cosas. De todos modos, lo cierto es que ha desaparecido.

—¿Cómo puede desaparecer un hombre del que se tienen referencias y fotografías? —musité—. ¿Tan poca fe hay que tener en la policía de San Francisco?

Chrysler no afirmó ni negó.

Fue tan amable como siempre.

Sólo me dijo:

—Vete a tomar viento.

Cuando salí de allí, quince minutos después de haber hablado con él, la cabeza me daba vueltas. ¡Había tantas cosas que no entendía! ¡Tantas cosas que quizá nunca llegaría a entender!...

Anduve por Harkett Street, apoyándome en el bastón y haciendo toda clase de esfuerzos para recuperar la confianza en mis piernas.

Los comercios animados, las chicas con minifalda, todo me parecía irreal. Aquella especie de mezcla de verdad y de sueño me volvía loco. En la terminal del tranvía de cable, que llega hasta el puerto, frente a la prisión de Alcatraz, y que bordea el barrio chino, había una verdadera multitud. Un predicador con largas barbas llevaba un cartel en la espalda proclamando: «¡Pecadores! ¡El Señor os castigará!».

Me situé otra vez en Eddy Street, que por las noches es una de las calles más peligrosas de San Francisco.

Miré la ventana por la que se había arrojado la chica, Seguía sin entender nada, pero aquello era como un desafío para mí. Tenía que

desentrañar aquello o acabaría volviéndome loco.

Subí a las habitaciones que habían sido de Marcuse y que yo tenía alquiladas ahora. Me hundí en aquel silencio, en aquella penumbra. Sentí en mis dedos un extraño temblor, como si captara la misteriosa presencia de mil espíritus flotando en el aire, de mil espíritus pegados a las paredes.

¿Quién era Marcuse? ¿Por qué vivía allí? ¿Por qué la muchacha había sentido aquel terror visceral? ¿Por qué se había arrojado por la ventana?

Miré otra vez su habitación, donde podía palparse el silencio.

No había en ella nada de especial.

Además todo había sido registrado por la policía.

Abrí los armarios, donde había unas prendas de ropa que el administrador pensó que no valía la pena llevarse. Ropas sencillas de chica que sueña con conquistar San Francisco, pero que todavía no ha conquistado ni para un par de medias. También había unos cuantos diarios y unas cuantas revistas.

Eso la policía no lo había tocado.

Los diarios y revistas que pueda leer una chica insignificante, carecen de todo interés.

Los miré yo también con un gesto de desgana.

Las revistas eran de moda y de cine. Hermosas figuras difuminadas en las portadas a color. Rostros de mujeres que habían triunfado. Rostros de hombres que estaban en el pináculo de la fama y ante los que las chicas sencillas pensarían: «Con ése sí que valdría la pena...».

Los diarios eran viejos.

Sin duda habían sido adquiridos para envolver algo, porque estaban algo sucios. Me llamó la atención una sola cosa: el que fueran diarios de Chicago, lo cual no tenía nada de extraño, pero tampoco de normal. No había que olvidar que estábamos en San Francisco, casi al otro lado del país.

Los hojeé.

Tenían ya un año de antigüedad. Y así, a primera vista, no había en ellos ninguna noticia que pareciera importante. Por lo menos importante para una chica que sólo se fijaba en las modas y el cine y que tal vez esperaba hacer fortuna por la vía rápida.

Sin duda la policía había hecho lo mismo que yo: dejarlos por

insignificantes.

Los eché a un lado.

Y fue entonces, al doblarse una de las últimas hojas, cuando lo vi. Cuando mis ojos se dilataron de horror al leer aquella simple esquila.

BEN MARCUSE Profesor de Filosofía y Traductor murió
en Chicago el pasado mes de febrero.

Los funerales tendrán lugar en la capilla de los Oblatos
hoy, día 15.

Por deseo expreso del finado, el cadáver fue incinerado
al día siguiente de la defunción.

BEN MARCUSE

Ruega a todos sus amigos una oración por su alma.

CAPÍTULO V

Bueno, aquello era una pista, un camino, aunque fueran una pista y un camino macabros. Pensaba en eso mientras distinguía bajo las alas del avión un país completamente teñido de negro, en el vuelo nocturno San Francisco-Chicago, que es el más económico, y cuyo billete, además, había adquirido a crédito. En el avión, que llegaba de Honolulu, viajaban unos cuantos millonarios y unas cuantas chicas alegres, pero en primera clase. En clase económica éramos sólo veinte pasajeros y, todos dormían menos yo.

Yo sabía que no podría conciliar el sueño nunca más.

Toda mi vida era ahora una inaguantable pesadilla.

Cuando llegamos a Chicago me hospedé en una pensión modesta, pero que estaba en la elegante Marina Boulevard. Pese a estar molido, no pude cerrar los ojos más allá de un par de horas. A las nueve de la mañana ya estaba en la capilla de los Oblatos.

Allí no pude aclarar nada. Sólo que Ben Marcuse había dejado dispuestos unos funerales en su última voluntad. El encargo lo habían recibido por medio de una agencia. En Estados Unidos, país mercantilizado por demás, usted puede encargar una novia por carta y encargar unos funerales por medio de un agente dedicado a esas cosas. Nadie se extraña. También, por medio de la poderosa organización secreta llamada El Sindicato del Crimen, puede usted encargar a precio fijo que maten a cualquiera de sus enemigos. Y nadie se extraña tampoco.

En vista de eso me fui a ver al agente que les había hecho el encargo.

El tío tenía un despacho tapizado de negro, con cuadros en las paredes que representaban lujosas esquelas. Tenía igualmente una mesa de nogal con una serie de ataúdes en miniatura. Pero no por eso el tío vivía mal. No, ni por asomo. Cuando entré, había arrinconado los ataúdes para sentar sobre la mesa a una sensacional

rubia.

—¿Qué quiere usted? —barbotó—. Tiene mala cara, pero aún no está para que lo entierren.

Le mostré el recorte de la esquela, que llevaba encima escritos el nombre del diario y la fecha.

—¿Puso usted esto? —pregunté.

—A ver, déjeme.

Sujetó por las caderas a la rubia y la situó fuera de la mesa.

—Luego, nena —dijo—. Primero tengo que atender a los problemas de la vida, o mejor dicho, tengo que atender a los problemas de la muerte.

Olió la esquela.

—Sí —dijo—, la puse yo. El difunto lo había dejado dispuesto en su última voluntad. Me envió el dinero con anticipación, veinticuatro horas antes de cuando estiren la pata nadie cuidará de ellos.

—¿Se llevó usted el cadáver?

—Sí.

—¿Y lo vio?

—¡Claro que sí! Mi oficio consiste en recoger los cadáveres a tiempo. No puedo trasladar por ahí mercancía averiada.

Saqué una fotografía de Marcuse que había obtenido en su propio apartamento.

—¿Era éste?

La miró de soslayo con un gesto de fastidio.

—Hace ya mucho tiempo, pero me acuerdo bastante bien. Sí, era éste.

—¿Dónde lo quemaron?

La rubia fue a largarme un puntapié, tendiendo una de sus hermosas piernas.

—¡Fuera de aquí, so memo! ¡Se me destiñe el pelo cada vez que me hablan de los difuntos!

—Lo quemaron en la calle Hartley —murmuró el agente—. ¿La conoce? Está junto al lago.

Metí la foto en el bolsillo y murmuré:

—Gracias.

Pero no se lo dije a él, sino a la rubia, que me estaba haciendo una exhibición de campeonato.

Fui a la calle Hartley, que en efecto estaba junto al Michigan. Pero no en la zona de los chalets y de los clubs privados, sino en la de los *slums* y los talleres roñosos que se caen de viejos, carcomidos por la humedad.

Allí no había yates de recreo amarrados junto a la orilla.

Sólo había unas cuantas barcas semidestrozadas y unos cuantos tíos tendidos en el suelo, unos cuantos tíos que estaban durmiendo la borrachera desde que les dieron la última paga.

El horno crematorio de la calle Hartley era un horno crematorio para cadáveres pobres.

Para mí que, por no gastar demasiado, los quemaban con una cerilla.

Me recibió un fulano que estaba mamando de una botella de licor. Todas las puertas aparecían cerradas. Me extrañó ver tan poco movimiento, teniendo en cuenta que cada día, en Chicago, se muere mucha gente.

El de la botella me miró.

—Oiga, ¿tiene fuego?

—¿Fuego? ¿Pero no es esto un horno crematorio?

—Sí, pero me he quedado sin cerillas.

Se puso en la boca un cigarro barato, de los de a cinco centavos. Saqué mi encendedor y le di fuego.

—Hay muy pocos «clientes» —dije—. ¿Es que no se muere nadie?

—Claro que la gente se muere. En eso no hay vacaciones. Pero a la clientela la dejamos para mañana.

—¿Por qué?

—¡Cuerno! ¿Es usted idiota? ¿Es que no se ha dado cuenta de que hoy es domingo? Los agentes funerarios trabajan, pero nosotros no. Los dos o tres cadáveres que hay dentro los quemamos en lunes.

Me pasé la derecha por los ojos.

Era verdad... Había llegado a olvidar por completo que estábamos en domingo.

—Quisiera preguntar por un difunto que «calentaron» el año pasado —musité—. ¿Es usted el que se encarga de eso?

—No; el que se encarga es Robin. Robin está ahí dentro. Pero dése prisa porque se jubila un año de éstos. ¡Cuerno! ¡Este cigarro no tira!

Claro. Por cinco centavos, ¿cómo iba a tirar?

Le di mi encendedor, un encendedor de cinco dólares, y me metí en las profundidades secretas del horno crematorio.

Había allí una capilla muy tronada con, los bancos medio rotos. Dos salas de espera y otras dos de exposición de los cadáveres, para que los parientes y amigos los viesan antes de la cremación. Más allá estaba la llamada «instalación técnica», es decir el horno.

Éste también era anticuado y también hecho cisco.

Hubiera podido servir para asar pavos de Navidad, pero dudo que para alguna cosa más.

A saber si algún pavo de los que uno come por ahí, en sitios más o menos de lujo, no estará asado en un sitio semejante.

—¡Robin! —llamé—. ¡Robin!

Nadie me contestó.

Imaginé que el fulano que trabajara allí, siempre metido en aquel ambiente, domingos y todo, debía ser una especie de jorobado de Nuestra Señora de París.

—¡Robin!

Silencio.

Un silencio que se metía en los sesos, que llegaba a ser espectral, que hacía más espeso el aire.

A mí me costaba respirar.

Porque aquel aire estaba lleno —y eso no era broma— de las cenizas impalpables de miles de cadáveres que jamás se llevaría el viento.

—¡Robin!

Abrí una puerta que debía dar a una especie de vestuarios.

Y entonces lo vi.

Tenía que ser él.

Aquel individuo encogido, hecho un ovillo, con los ojos dilatados por el horror, las manos crispadas en el cuello.

Sin un soplo de vida en su rostro.

Sin una gota de sangre en sus venas.

CAPÍTULO VI

Me di cuenta de que no tenía una gota de sangre por el color espantosamente blanco de sus manos y de su rostro. Es un color que no se puede explicar, un color que hay que haber visto una sola vez y entonces no se olvida nunca. Parecía como si hubiera sido atacado por un vampiro, pero ¿qué clase de vampiro?

¿Qué clase de gigantesco monstruo, capaz de chupar toda la sangre de su cuerpo?

Me acerqué pausadamente a Robin.

Todo aquello me costaba un esfuerzo espantoso. Sentía paralizadas mis piernas.

El silencio seguía siendo espectral.

Aparté las manos del cadáver, pero sin rozarlo, porque no me hubiese atrevido. Empleé para ello la punta del bastón. Y entonces vi en su cuello los dos puntos, aquellas dos señales parecidas a la mordedura de unos dientes largos y agudos.

Sentí un sudor helado en mis sienes.

Como cuando me asaltaban aquellas horribles pesadillas. Pero ahora era peor, porque estaba despierto.

¿Qué clase de monstruosa bestia había atacado a Robin?

¿Quién era?

Fue entonces cuando lo supe.

A mi espalda, la puerta se abrió.

Produjo como un leve crujido, un ÑÑEE casi inaudible que, sin embargo, en el terrible silencio del local, pareció un cañonazo.

Me volví.

Una especie de calambre en mi espina dorsal hacía que todos mis movimientos fuesen los de un autómatas.

Mis ojos también se dilataron de horror.

Como los del muerto.

Como si yo también estuviera en la antesala del Más Allá, igual

que había estado Robin unos segundos antes.

Y lo curioso era que lo que yo veía ahora, lo había visto antes otra vez. Lo había visto en mis espantosas pesadillas de Eddy Street. La mano descarnada que yo entonces vi saliendo de una fosa, era la misma que ahora estaba abriendo la puerta. El esqueleto que entonces vi, con unos pingajos de nauseabunda carne, era el mismo que ahora llenaba de silencioso horror mis ojos.

El miedo me inmovilizó.

No me avergüenza decirlo.

En la penumbra de la habitación donde ahora me encontraba, aquel cadáver viviente parecía llenarlo todo. Estaba más allá del horror. Era la propia muerte viniendo hacia mí, buscándome, abrazándome...

La muerte...

Quien no haya visto aquello no sabe lo que es. Quien no haya visto lo que yo veía ahora no sabe lo que es la muerte, pero no la muerte que hay antes de la fosa, sino la muerte. —¡MUCHO MAS HORRIBLE Y MUCHO MAS MISERABLE!— que hay después de ella.

Era nauseabundo, horrible, imposible de explicar.

No faltaba ni el olor.

Aquel hedor espantoso que lo llenaba todo, aquel hedor a cuerpo en descomposición y que poco a poco me iba enloqueciendo.

El muerto avanzó hacia mí.

Sus ojos, unos ojos demoniacos que brillaban en sus facciones descarnadas, me miraban fijamente.

Tendió sus manos. O LO QUE QUEDABA DE SUS MANOS.

Mi corazón parecía a punto de fallar. Yo sentía que la sangre no circulaba por mi cuerpo. Retrocedí maquinalmente un paso y entonces mis pies chocaron con el cadáver de Robin.

Quizá fue eso lo que me devolvió las fuerzas.

El saber que ya no podía retroceder más.

Entonces levanté el bastón, que era la única arma de que disponía, y lo descargué con todas mis energías.

Pero no alcancé a mi espectral enemigo.

El también retrocedió un paso, y el bastón arañó inútilmente el aire.

Bruscamente me convertí en atacante. Una especie de desesperación me dominó. Sabía que si retrocedía, que, si llegaba a

perder la iniciativa, me convertiría también en un cadáver como el de Robin.

Y fue entonces cuando todo cambió. La puerta que estaba a mi izquierda se abrió también bruscamente. El individuo del puro de cinco centavos entró llevándolo en la mano.

(Apagado, claro).

—¡Eh! ¿Pero qué le pasa a usted? —masculló sin fijarse en nada—. ¿Es que no ha encontrado a Robin? ¿O se espera aquí para que lo quemen mañana por la mañana?

De pronto vio el cadáver.

No el de Robin, que al fin y al cabo era de los que debía estar acostumbrado a ver, sino el otro.

Así como yo había podido resistir un poco, el fulano del cigarro no resistió absolutamente nada. Sus ojos se pusieron en blanco de pronto. Lanzó un gemido gutural, se llevó las manos a la garganta y cayó hacia adelante como un bolo.

Yo me incliné maquinalmente hacia él.

Y entonces el esqueleto desapareció. En cuestión de segundos se esfumó por la misma puerta que había empleado para entrar.

Todo había sido otra vez como una pesadilla. Como esas pesadillas en que las cosas suceden y de pronto se esfuman igual que si no hubieran sucedido jamás.

Moví al individuo del cigarro. No estaba muerto, sino sólo desmayado de miedo, pero para mí era bastante. No sabía qué hacer con él.

De pronto me di cuenta de que mi situación era más que comprometida. No podría explicar nada a la policía de Chicago. No me creerían. Y a falta de un sospechoso mejor, yo me pasaría en la cárcel semanas y semanas. Ya estaba viendo los titulares de los periódicos:

«DETENCIÓN DEL VAMPIRO DE SAN FRANCISCO».

Porque me llamarían así, no cabía duda.

Fue eso lo que hizo que encaminara mis pasos hacia la puerta. Fue eso lo que pareció dar alas a mis pies, tanto que ni siquiera me acordó del bastón.

Pensaba que el cadáver a medio descomponer iba a saltar de nuevo sobre mí.

Pasado el momento de decisión que tuve cuando me lancé al ataque, volvía a estar totalmente dominado por el miedo.

No lo hubiera tenido ante el ataque de un hombre. Pero sí que lo tenía ante algo que llegaba del Más Allá.

Momentos después estaba de nuevo junto al lago, caminando apresuradamente. Los borrachos de poco antes seguían durmiendo, de modo que nadie me vio. Anduve tiempo y tiempo, apoyándome en el bastón, porque me sentía más cansado cada vez, hasta que me pareció estar lo bastante lejos del crematorio para no llamar la atención. Entonces me atreví a parar un taxi y le pedí que me llevara al Loop, el barrio comercial del centro de Chicago.

Todo estaba bastante concurrido.

Por delante de los grandes comercios —sobre todo los de modas, que son la especialidad de Chicago— desfilaba una verdadera multitud.

Desde una cabina telefónica llamé a la pensión de Marina Bulevar y dije que, por razones de trabajo, tenía que volver inmediatamente a San Francisco. Les rogué que el poco equipaje que había traído me lo enviaran a la dirección de Eddy Street. Como había pagado por adelantado dos días de hospedaje sin ocupar la cama una sola vez, no existía problemas.

Y otra vez el avión nocturno hasta San Francisco.

Un avión que en este caso venía de Montreal, y que iba muy lleno, completamente abarrotado de hombres de negocios que aprovechaban el domingo para viajar, esperando estar en las oficinas de San Francisco apenas fueran éstas abiertas el lunes por la mañana.

Viajé con los ojos cerrados.

Ni siquiera los abrí ante el espectáculo majestuoso de las montañas de Sierra Nevada bañadas por la luz de la luna.

Ya tenía bastante con lo que veía desfilas por el interior de mi cerebro.

Muertos vivientes que venían hacia mí. Manos descarnadas que me buscaban la garganta a través de las sombras.

Muertos vivientes que yo había visto. Que no eran tan sólo una pesadilla...

CAPÍTULO VII

La mujer entró lentamente en mi habitación.

No había llamado.

Se había limitado a empujar la puerta, pasando hacia el interior. Yo, que estaba con los ojos cerrados, los abrí de pronto.

Pensé que valía la pena abrirlos.

La mujer debía tener sólo unos veinticinco años, y su figura era literalmente sensacional. Pocas veces he visto piernas como las suyas. Llevaba un vestido ligero que se ceñía a sus opulentas formas, y encima un abrigo de entretiempo, porque volvía a hacer frío en San Francisco. Sus cabellos rubios le caían sobre los hombros como una doble cascada de oro. Ya comprendo que esta descripción es más bien propia de un libro de cuentos de hadas, pero, qué demonios, no sé decirlo de otro modo porque era verdad.

Ella susurró:

—¿El profesor Marcuse?

Yo me alcé un poco de la butaca.

La habitación que había sido de Marcuse era ahora *mi* habitación.

Dormía las pocas horas que era capaz de dormir tumbado en la butaca de la que acababa de levantarme.

Ella insistió:

—¿El profesor Marcuse?

—Lo siento, señorita. El profesor Marcuse no sé dónde está.

—Perdone, quizá me he equivocado de sitio.

—No, no... No se ha equivocado usted. Aquí vivía Marcuse y aquí trabajaba.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. Hace ya unos días que desapareció.

—¿Quién es usted?

—El nuevo inquilino del local. Al desaparecer Marcuse, el

administrador lo alquiló de nuevo. ¿Y usted quién es? ¿Quién le ha dado esta dirección?

—Ya la conocía. Yo había encargado al profesor Marcuse trabajos alguna vez.

Moví los párpados.

Una brusca sospecha anidó en mí, una sospecha que tenía unas causas bien concretas y visibles.

—Si usted encargó trabajos a Marcuse —dije—, ¿cómo es que no ha sabido enseguida que no era yo?

La pregunta resultaba lógica, pero inmediatamente me avergoncé de haberla hecho.

Porque ella me dio una respuesta sin palabras al avanzar un paso y tropezar con una de las sillas.

Fue entonces cuando lo comprendí. La recién venida era ciega.

—Perdone —susurré—, me he comportado como un cafre.

Tomé una de sus manos y la ayudé a sentarse. Sus ojos sin luz estaban perdidos en el vacío. Me pareció increíble —o tal vez maravilloso— el que una mujer en sus condiciones hubiera podido llegar sola hasta allí.

Ella pareció adivinar mis pensamientos.

—No he venido sola —dijo—. El chófer me ha dejado en la puerta.

Yo me asomé discretamente a la ventana y vi la tranquila acera de aquel sector de Eddy Street. Un fabuloso «Rolls» estaba aparcado ante la casa. Y si el «Rolls» es un coche de lujo en Europa, imaginen lo que será en Norteamérica, donde resulta más caro aún.

Pero no fue solo el coche lo que me llamó la atención.

Lo que también me impresionó fue el chófer uniformado que estaba junto a él, sacando del parabrisas unas insignificantes motas de polvo. Su uniforme era sobrio, serio. Claro, una chica que tenía un «Rolls» podía tener también un chófer uniformado y todo. Y con aquella musculatura impresionante. Era el hombre más fuerte que yo recordaba haber visto jamás, al menos por su aspecto externo. Y conste que me he pasado horas en los bordes de los *rings* de boxeo y en los bordes de los *rings* de *catch*.

Ella adivinó mi gesto a pesar de que no me veía.

—Sí, ése es Oscar, mi chófer —musitó—. Necesito un hombre fuerte, ya que no puedo defenderme sola y estoy expuesto a muchos

peligros. Por cierto, quizá soy una impertinente y le estoy causando molestias.

—De ningún modo. Al contrario, estoy encantado de que haya venido, porque yo también necesito saber cosas sobre el profesor Marcuse. ¿Quiere beber algo?

—Sí, pero que no sea fuerte.

Yo tenía algunas botellas allí. Las necesitaba porque desde que volví de Chicago, dos días antes, no comía nada, y me limitaba a beber. El licor era lo único que me mantenía en pie.

Serví en un vaso un chorro de *whisky* flojo y lo rebajé con *seltz*. Supongo que ella estaría acostumbrada a beber cosas bastante mejores, pero de todos modos lo probó e hizo un gesto de gratitud. Era una chica la mar de bien educada.

Cruzó las piernas mientras estaba ante mí. Como no podía fijarse en la posición de su falda, la verdad fue que la exhibición resultó de las que le dejan bizco a uno. Yo me avergonzó de aprovecharme de las limitaciones de una ciega, pero mi mirada fue hacia allí ávida y maquinalmente, casi en contra de mi voluntad.

De todos modos, ¡maldita sea!

Me llevé un chasco.

Usaba esa horrible especie de calzoncillos, *panties* o como se llamen, que están inventados para defraudar a los hombres, porque llegan hasta medio muslo y no dejan ver nada.

—Lo siento —susurró ella—, pero comprenderá que una chica ciega tampoco puede ir por ahí exhibiendo sus piernas sin darse cuenta.

Tragué saliva.

¡Condenación!

¡La muy diablesa adivinaba mis pensamientos!

—No me había fijado —dije mintiendo como un bellaco—. Pero dígame: ¿qué clase de trabajos encargaba usted a Marcuse?

—Traducciones.

—Ah, ya.

—Poseo una pequeña editorial en Los Ángeles, la Laurentien Company. Yo soy Clara Laurentien. Editamos exclusivamente libros para estudiantes de historia y de filosofía.

—¿Por ejemplo los Libros Sagrados? Creo que Marcuse era un traductor especializado en eso.

—Cierto, pero no terminaban ahí sus especialidades. Toda la historia antigua, desde Sumer hasta la destrucción, por el romano Tito, de la ciudad de Jerusalén, la conocía perfectamente. Y perdone que hable en pasado, como si él no existiera. Es que al encontrarse ausente ya me da esa rara sensación. Marcuse es el traductor de más confianza que he encontrado. Tanto que siempre venía personalmente a encargarle los trabajos. Y de paso me distraía un poco, ¿comprende? En Los Ángeles me ahogo. Hasta una ciega nota cuando una ciudad no le gusta.

Me enseñó la carpeta que llevaba bajo el brazo. Era una carpeta de piel que parecía estar llena de antiquísimos legajos.

—Bueno —susurró—, pero ahora ya no puedo encargarle nada y en cierto modo estoy perdiendo el tiempo aquí, además de molestarle a usted. Gracias por su *whisky*.

Y fue a ponerse en pie. Yo dije impulsivamente:

—Espere.

—¿Puedo serle útil en algo? ¿Acaso usted también es traductor y quiere aceptar este trabajo?

—No. No entiendo una palabra de sánscrito ni de hebreo. Pero tengo verdadero interés en encontrar al profesor Marcuse, se lo prometo. ¿Tiene usted alguna idea de dónde podría?

Negó con la cabeza.

—Yo también tengo interés en encontrarlo, amigo mío. Y ahora perdóneme. No quisiera molestarle más, pero me atrevo a pedirle un favor. ¿Recuerda el nombre de mi editorial?

—Sí. Laurentien Company.

—Justo. Si alguna vez supiera algo de Marcuse, dígamelo. No sólo le abonaré los gastos, sino que tendrá usted una buena recompensa. Sin él, algunas de las ediciones que preparo tendrán que quedar detenidas. Repito que jamás encontraré un traductor de tanta confianza.

Dio media vuelta y salió sin equivocarse, tras tantear un poco las paredes.

Yo me asomé de nuevo a la ventana.

Estaba embelesado por la belleza casi irreal de aquella mujer. Una belleza que aún se veía aumentada por aquella especie de poesía que le daba la desgracia de su ceguera.

Observé cómo su gigantesco chófer —¿había dicho que se

llamaba Oscar?— la salía a recibir a mitad de la acera, la guiaba hasta la puerta del «Rolls» y abría respetuosamente, quitándose la gorra, a pesar de que aquel gesto ella no podía verlo.

Me preparé un trago, cuando el coche hubo desaparecido, y me dejé caer de nuevo en la butaca. Estaba desconcertado.

Por un lado no me cabía duda de que Marcuse había muerto. Las pruebas en ese sentido resultaban abrumadoras. La esquila, el hecho de que lo hubiera reconocido el agente de pompas fúnebres, la identificación del lugar donde su cadáver había sido quemado...

Pero por otro lado Marcuse estaba vivo. No sólo me hallaba ante el hecho de que hubiera ocupado el apartamento en que yo habitaba ahora. También estaba el hecho de que una editorial de Los Ángeles le encargaba trabajos de su especialidad. Estaba el hecho indudable de que Marcuse era un hombre vivo que se ganaba la vida.

Cerré los ojos otra vez.

Volvía a sentirme envuelto en la pesadilla.

Todo aquello no tenía explicación, a menos que...

... ¡A menos que Marcuse fuese un hombre que viviera después de morir!

¿Pero era eso posible?

¿Podía ni tan siquiera pensarlo?

¿Me habría vuelto loco ya por el simple hecho de hacerme a mí mismo esa pregunta?

Y sin embargo, ¿qué es el tiempo?

Nosotros llamamos un año al tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta alrededor del Sol. Y si la Tierra tardara el doble, y los años por tanto fueran también dobles, ¿no diríamos que un hombre de cincuenta años tiene cien? Nada hay tan relativo como el tiempo. Un hombre metido en una cápsula que girara alrededor del Sol cuatro veces más lentamente que la Tierra, ¿no viviría solo veinticinco años cuando en nuestro planeta ya habría transcurrido un siglo? ¿Qué encontraría al volver? Todos sus amigos y familiares ya habrían muerto. Los hombres que mandaban cuando él salió de la Tierra, figurarían como personajes medio olvidados en los libros de historia. Muchas ciudades habrían cambiado tanto que le resultarían irreconocibles. Los inventos técnicos le anonadarían. Pero él tendría la ventaja de ser un fabuloso historiador, porque

muchas cosas que los demás ya apenas recordaban él las habría vivido. Y sería también un magnífico traductor, dominando giros idiomáticos y expresiones ya casi olvidados en cien años.

¿Era ése el caso de Marcuse?

¿Me encontraba ante algo que no tenía sentido, que estaba más allá del conocimiento humano, pero que existía realmente?

No sé cuánto tiempo pensé en eso.

La cabeza me daba vueltas.

Volvía a dominarme una espantosa sensación de pesadilla.

El tiempo transcurría de una manera insensible.

Cuando abrí los ojos vi que la habitación se había llenado ya de espesas sombras.

Todo era siniestro.

Flotaba en el aire una angustiosa e irreconocible sensación de muerte.

Fui a la habitación de la muchacha que se había arrojado por la ventana. Dios santo..., ¿por qué lo había hecho? ¿Qué llegó a saber su pobre cerebro? Sus ojos, *¿qué llegaron a ver?...*

Volvía a sentir miedo.

Las sombras me rodeaban, venían hacia mí.

Y de pronto...

Riiiiing... Riiiiing... Riiiiing...

El timbre del teléfono cortó todos aquellos siniestros pensamientos. Me abalancé hacia él. Aquel molesto aparato me unía al menos al mundo exterior y me demostraba que seguía viviendo en un mundo normal, habitado por otros seres.

La voz parecía llegar desde muy lejos.

—¿Profesor Marcuse?

Fue el instinto lo que me impulsó a mentir. No vacilé ni un solo momento.

—¡Sí!...

—Soy Daucik.

—Ah, dígame, Daucik, dígame...

—Noto su voz un poco rara...

—Estoy resfriado y no salgo de casa. Quizá sea por eso. Llevo dos días medicándome.

—¿Pero no es nada de cuidado?

—No, ¡qué va! Siga, siga...

La voz de mi desconocido interlocutor era ahora más clara. Me di cuenta de que no me hablaba desde una ciudad lejana, sino desde el mismo San Francisco. Lo que pasaba era que su voz cascada aumentaba bruscamente de volumen y luego volvía a bajar. Debía ser un hombre bastante viejo.

—Marcuse —dijo—, usted ya debía estar extrañado al no tener noticias mías. Pero todo este tiempo he estado trabajando a conciencia para usted, sin descansar ni un día. Me hubiera gustado venir a verle, pero usted sólo me dejó ese número de teléfono y ninguna dirección. Y me dijo que no le llamara hasta tener resultados concretos.

—Perdóneme, pero creí que eso era lo mejor.

El hecho de que aquel desconocido de Daucik no se hubiera preocupado de buscar la dirección a partir del número de teléfono —cosa fácil— indicaba que era un hombre poco imaginativo y dedicado sólo a su trabajo. Quizá un trabajo pesado, rutinario, de rata de biblioteca.

—Oiga, Marcuse, creo que he llegado a resultados satisfactorios. De todos modos puede que usted no me crea o puede que se asuste, aunque imagino que un científico como usted no se asustará de nada.

Sentí que el aparato quemaba en mi mano derecha.

Y temblé un momento antes de preguntar con voz insegura:

—¿Por qué había... de asustarme?

—Porque los hombres-muerto existen.

—¿Qué..., qué dice?

—¡Oiga, Marcuse! ¿Me escucha bien, Marcuse? ¡Por favor, no cuelgue!

—No cuelgo, Daucik. Si... si... siga.

—También es verdad lo del libro de Sumer [3].

—¿Lo del libro de Sumer?

—¡Oiga, Marcuse! ¡Tengo la sensación de que usted está distraído! ¿Es que no me oye bien?

—Al contrario. Lo que pasa es que estoy consultando mis notas. No recordaba bien algunos detalles de los que usted me habla.

—Pues quedó todo bien especificado. He pasado dos meses revolviendo bibliotecas. Incluso viajé a Europa. En los archivos del Vaticano hay documentos inapreciables que nadie había consultado

desde hacía siglos.

Me estremecí mientras le escuchaba.

Marcuse se había gastado bastante dinero en las investigaciones de aquel hombre. No cabía duda de que le había dado fondos incluso para trasladarse a Europa. ¿Pero por qué?...

—¿Qué encontró en los archivos del Vaticano, Daucik?

—Lo que le digo. Existen los hombres-muerto y existió lo del libro de Sumer, cuando estuvo a punto de desaparecer la Tierra.

Me estremecí de nuevo.

A punto de desaparecer la Tierra...

—¿De qué me estaba hablando Daucik?

—¡Oiga, Marcuse!

—Le escucho, le escucho...

—De todo lo que le digo hay pruebas. Necesito verle.

—Por supuesto que sí. Lo estoy deseando.

—Debo recordarle una cosa, Marcuse. Sé que usted es hombre de palabra. Pero acordamos que serían cinco mil dólares mi recompensa si yo encontraba todo eso.

—Cinco mil dólares... Naturalmente que sí.

Aunque yo no tenía un níquel que fuera mío, en este momento no me hubiera importado prometer la luna.

—¿Quiere que vaya a su casa? Deme la dirección. ¿O tal vez sigue siendo peligroso?

Vací.

Ahora ya sabía algo más.

Marcuse había sido un hombre que tenía miedo.

—Sigue siendo peligroso, Daucik —musité—. Muy peligroso.

—Entonces venga a verme. ¡Oiga: Yo sigo teniendo mi estudio donde siempre! En el desierto del Sahara.

—¿DONDE?

—¡En el desierto del Sahara! ¿De qué se asombra? ¡Venga mañana mismo a Las Vegas y me encontrará! ¡Pero no se demore ni un día! ¡Lo que he averiguado es algo que usted debe conocer! ¡Es algo que hiela la sangre!

Y colgó.

Yo quedé como un estúpido mirando el auricular.

No entendía nada.

La cabeza me daba vueltas y me parecía que las sombras en

torno mío se habían ido haciendo más irreales, más espesas.

Al fin el auricular resbaló de entre mis dedos.

Creo que no llegué ni a colgarlo.

Fui al cuarto de baño y puse la cabeza bajo el grito del agua, hasta que el frío me despabiló. De lo contrario hubiera tenido la sensación de que estaba soñando. Luego, me asomé por la ventana y quedé con medio cuerpo colgando fuera.

Los hombres-muerto.

El libro de Sumer...

¿Qué significaba aquello? ¿Dónde estaba la realidad y dónde estaban los sueños? ¿En qué clase de mundo vivía?

La calle subía y bajaba.

Yo sentía vértigo.

En ese momento hubiera sido facilísimo para cualquiera sujetarme por detrás, levantarme los pies y arrojarme por la ventana. Una mano saliendo de las sombras habría bastado para eso. Pero tuve suerte. De las sombras no salió nada...

De todos modos creo que en ese terrible momento, cuando vivía en un universo de pesadilla, no me hubiera importado morir.

CAPÍTULO VIII

Tenía la misma sensación de irrealidad cuando llegué a Las Vegas, tras adquirir también un pasaje a crédito.

En el mismo aeropuerto me zampé un *whisky* doble mientras miraba en torno mío. «Muchacho —me dije—, el mundo no está hecho de fantasías, sino de sórdidas realidades. Déjate de libros de Sumer. Déjate de hombres-muerto. Aquí la única y cochina realidad es que si no tienes dinero te vas al hoyo. Mira con qué afición juegan esos tíos a las máquinas tragaperras [4].

Sólo seguían por un ideal: Su majestad el dólar. Déjate de monsergas, amigo. Aquí o ganas pasta o te mueres. Las pesadillas no existen. Empápate de realidades y déjate de sueños. Mira con que afición recoge aquel tío los dólares que ha ganado. Y mira aquella sílfide. Mira qué caderas... No pienses más. ¡No pienses! ¡No pienses! Esos dólares y esas caderas son lo único que importa...».

Traté de convencerme, diciéndome todo eso a mí mismo.

Pero, narices.

¿Podía olvidar lo que me había sucedido en Chicago? ¿Podía olvidar la horrible muerte de Robin? ¿Podía olvidar al cadáver medio descompuesto que me había atacado en el horno crematorio?

Era precisamente eso lo que me sacaba de quicio.

¡Un hombre-muerto!

¡Lo que Daucik había dicho!

Pagué maquinalmente y hasta olvidé recoger el cambio. Desde allí fui hacia un empleado del aeropuerto que parecía el anuncio de una agencia de viajes, tantos brazaletes llevaba.

—Perdone. ¿Hay algún sitio en Las Vegas que se llame el desierto del Sahara?

Me miró como si yo fuera un loco.

Al fin se encogió de hombros y susurró:

—Amigo, si quiere jugar hay sitios estupendos. Yo no le

recomiendo ninguno en especial, pero ya que ha mencionado el Sahara le diré que ése es uno de los más concurridos.

No me aclaraba gran cosa con eso.

Pero de todos modos le di las gracias y pasé al local refrigerado desde donde se llegaba a aquella especie de horno que era el desierto. Yo nunca he comprendido cómo se pudo vivir en Las Vegas antes de que se inventara la refrigeración. ¿De qué estaban hechos sus habitantes de hace sólo treinta años? ¿De corcho?

En una de las paredes había un plano de Las Vegas con sus principales hoteles, situados casi todos en el Strand, la calle principal. Vi que algo más abajo del Stardust se encontraba el Sahara. Al menos aquél era un buen punto de referencia. Debí dirigirme allí.

En Las Vegas hay policías por todas partes. No en vano allí se mueven cada día decenas de millones.

Y tuve la sensación de que todos me miraban a mí. ¿Podían estarme buscando por lo de Chicago? No, no... sólo el pensarlo era absurdo. El tío del cigarro de cinco centavos debía haber dado mi descripción, pero no sabía ni mi nombre. Hay miles de fulanos como yo en el país. Y el bastón, el detalle quizá más delator, ya lo había dejado en San Francisco porque no lo necesitaba.

Tomé un taxi.

—Al Sahara.

—Bien, señor.

Cuando vi la pinta que el hotel tenía, pensé que no iba a alojarme allí ni tan sólo media hora. Cada habitación debía costar al menos treinta y cinco dólares por noche. La comida no, porque la comida está prácticamente regalada allí, a pesar de que en el desierto no se produce nada. Los hoteleros sólo le cobran a usted la cama; el resto del dinero quieren que lo tenga usted libre para escupirlo sobre las mesas de juego. Pero ¡maldita sea!, el Sahara era de lo más lujoso que yo había visto en mi vida...

—Aquí es, señor.

—Gracias.

Pagué y me metí en el hotel, pero sólo estuve unos minutos. Aquello de desierto nada. Una verdadera multitud se concentraba en torno a las mesas de juego y las máquinas tragaperras. Lo único que hice fue preguntar en «Recepción» si tenían hospedado allí a un

huésped llamado Daucik.

Miraron el fichero.

—Daucik... Daucik... No. Lo siento. Nadie con ese nombre, señor.

Entonces, ¿qué?

Me sentía más desorientado que una mosca en la casa de un coleccionista de telas de araña.

Salí de nuevo a la calle, o más bien al campo, pues fuera de los hoteles no sabía nada. El sol tórrido me penetró hasta los sesos. Cuando uno abandonaba los locales refrigerados, se sentía morir.

Y entonces me pareció entenderlo.

En aquella zona, el Strand, o sea la calle principal, no formaba una línea continua.

Casi desde el Stardust hasta el Sahara había una zona totalmente desierta. Una zona de casi quinientas yardas donde no se levantaba ningún edificio. Al borde del asfalto crecían los cactus y los mesquites que debieron conocer los primeros colonizadores de aquella extraña tierra. Los gigantes que vencieron al miedo, la sed y el sol.

Los hombres del Oeste, los legendarios pioneros que yo había admirado siempre.

Viendo aquello me di cuenta de lo que había querido decirme Daucik por teléfono: él estaba en aquella zona desértica. Una zona que podía llamarse perfectamente desierto del Sahara, puesto que estaba casi junto al hotel del mismo nombre.

—Mis ojos escudaron todo aquello.

Y entonces distinguí la pequeña casa edificada al sur, y sobre la que caía a plomo el sol del desierto. No había ninguna más por las cercanías, de modo que tenía que ser allí.

Avancé mientras el sol me iba entrando más y más en los sesos.

La casa estaba bien construida, pese a la soledad que la rodeaba. Los aparatos de aire acondicionado en las ventanas me indicaron que disponía de aquel imprescindible servicio.

Empujé la puerta.

No estaba cerrada por dentro, de modo que pude entrar tranquilamente. Y entonces el horror me saltó a los ojos y a la boca como me había saltado otras veces. Entonces sentí de nuevo en la espina dorsal el frío de la muerte.

Aquél tenía que ser Daucik.

Aquel bulto informe que estaba allí, con las manos agarrotadas en torno al cuello, y en cuyo cuerpo espantosamente blanco no se conservaba una gota de sangre...

CAPÍTULO IX

Mi primer impulso fue retroceder, pero no pude hacerlo porque los pies no me obedecían. ¿Para qué presumir? Prefiero decir la verdad. Fue el miedo y no el valor lo que me mantuvo quieto allí, aguantando el tipo.

Unos instantes después me había rehecho de la sorpresa y entré, cerrando la puerta a mi espalda. En el ambiente cosmopolita de Las Vegas, donde lo más alto y lo más bajo del mundo se juegan docenas de millones cada noche, todo aquello me parecía tan irreal como una de mis pesadillas.

Pero mi cerebro funcionaba mientras tanto. Intenté analizar la situación y me di cuenta de que Daucik no llevaba muerto ni una hora. En vida había sido un tipo insignificante, de unos sesenta años, con el clásico aspecto del ratón de biblioteca. Su piel era apegaminada, y si ya en vida debió dar la sensación de no tener sangre debajo de ella, imaginen lo que sería ahora.

Sobre las causas de la muerte no tuve que pensar demasiado porque ya había visto un caso semejante: Robin, en el crematorio de Chicago. De modo que pasé de largo. A Daucik era como si le hubiera dejado sin sangre un gigantesco vampiro.

La casa constaba de dos habitaciones y cuarto de baño. Estaba bien construida y había estado bien amueblada. Digo que lo «había estado» porque ahora todos los muebles aparecían patas arriba.

El registro había sido rápido y brutal.

El «vampiro» que mató a Daucik buscaba algo.

¿Pero, qué?

Empecé a buscar yo también, a pesar de saber el peligro que estaba corriendo. El extraño fantasma que había matado a Daucik podía volver. Y podía irrumpir en el local la policía, que en Las Vegas está formada por bichos que disparan primero y preguntan después.

Una enorme cantidad de papeles aparecía diseminada por el suelo.

Miré algunos.

Eran hojas sin interés donde se reunían datos sobre investigaciones históricas. Las que había allí trataban de la diplomacia en el Bajo Imperio romano, lo cual no tenía el menor interés para mí. Se referían a algo demasiado reciente. El Imperio Romano está como quien dice a la vuelta de la esquina de la historia. Lo que a mí me interesaba era la viejísima Sumer, pero de eso Daucik no tenía nada.

Debían habérselo arrebatado.

Lo que fue objeto de sus estudios durante tiempo y tiempo, lo que motivó incluso un viaje a Europa, para investigar en los archivos vaticanos, era lo que le habían arrebatado sus misteriosos asesinos. Por tanto lo que Daucik me dijo por teléfono era más importante de lo que podía suponer.

El libro de Sumer...

El fin del mundo...

Los hombres-muerto...

¿Qué significaba todo eso?

¿Qué sentido tenía?

Me entró una angustia atroz.

Deseaba salir de allí cuanto antes. Sentía como si el suelo me quemase en los pies.

Lo registré todo febrilmente, desordenando lo que ya estaba tan desordenado. Pero no encontré nada de interés, porque aparte de los estudios sobre el Bajo Imperio romano, Daucik tenía otros sobre el Imperio persa antes de Alejandro. Bueno, como quien dice también un poco más allá de la vuelta de la esquina de la historia.

Iba ya a salir, dándome por vencido, cuando observé un detalle que en realidad podía carecer de importancia, pero que me hizo detenerme.

Era el teléfono.

Daucik debió haber intentado marcar un número antes de morir, seguramente cuando vio venir a sus enemigos y supo que no tenía ninguna posibilidad de escapar. Ese número era el tres. Un número tres que no había vuelto a colocarse automáticamente en su sitio

por la sencilla razón de que el dial no había retrocedido. Alguien, sin duda Daucik, lo sujetó haciendo una bola, con el chicle que debía estar mascando.

Los que registraron aquello no se habían fijado en ese detalle. Yo, en cambio, tuve la suerte de fijarme en él, pero no capté su exacto sentido. ¿Qué significaba el número tres? ¿Qué había querido decirme Daucik con ello, poco antes de morir?

Durante unos minutos que me parecieron interminables, me mantuve inmóvil y perplejo.

Un número tres podía significar muchas cosas, desde una llamada a la compañía telefónica —que era lo más sencillo— hasta el mueble número tres, empezando ¿por qué sitio? ¿Por la izquierda o por la derecha?

Claro que también podía significar otra cosa.

La casa constaba de dos habitaciones y cuarto de baño, como yo había observado antes. Una venía detrás de otra, es decir, el cuarto de baño era la última, de modo que podía ser llamada perfectamente la tercera habitación.

¿Tal vez Daucik se refería a aquello?

Decidí probarlo.

Entré en el cuarto de baño y vi que el armario ya había sido registrado concienzudamente. Fuera de eso, no quedaba nada por revisar. Mejor dicho, sí: quedaba una cosa, pero yo podía tener muy pocas esperanzas en ella. Se trataba del depósito del agua para el W. C.

Alcé la tapa.

Y con gran sorpresa por mi parte encontré hundido en el líquido un paquete cuidadosamente envuelto en plástico, de modo que su contenido no se estropease. Lo saqué, vi que eran papeles y lo guardé cuidadosamente en mi pecho, debajo de la camisa.

Luego, fui a salir.

Tenía que darme prisa si quería no ser atrapado.

Salí al exterior.

Me sentía tan helado, había penetrado tan profundamente en mí el frío de la muerte, que casi agradecí el calor achicharrante del sol al desplomarse de lleno sobre mi cabeza.

No se veía a nadie.

Los coches desfilaban a poca velocidad por el Strand, sin que

nadie se fijase en la casa aislada en la llanura. Nadie podía ni imaginar siquiera aquella exhibición de muerte.

Pensé ir al aeropuerto enseguida y volver a San Francisco. Pero ¿y si vigilaban? ¿No era precisamente el aeropuerto donde podían encontrarme con más facilidad?

¿Pero, vigilar quién?

¿Los vampiros?

¿Los hombres-muerto?

Me estaba haciendo un lío.

De todos modos decidí no pasar por el aeropuerto. Era mejor alquilar un coche y regresar a San Francisco atravesando el desierto. Nada tan fácil como alquilar un coche en Las Vegas. Y del modelo que a usted más le guste.

Me dirigí a un inmenso *parking* bajo el sol achicharrante del desierto. Como yo aún disponía de la tarjeta de crédito del Diner's

Club, que me había permitido obtener los pasajes aéreos sin pagar más que una pequeña parte de los mismos, la utilicé también para el alquiler del coche. Luego no sabría de dónde sacar el dinero, pero de momento salía del apuro. Me llevé un «Pontiac» que no llamaba la atención, grande y poderoso, que me transportaría con rapidez a través del infernal desierto.

Arranqué en dirección al Oeste.

Al principio bastantes coches con turistas parecieron acompañarme. Pero luego se fueron quedando en los chalets de las inmediaciones de Las Vegas, y yo seguí sólo por la amplia carretera, bordeando las colinas de color terroso. Seguí sólo hasta que vi aquel puntito en la lejanía, detrás mío.

Un puntito que se aproximaba velozmente, dejándome ver las formas del último modelo de «Ford Lincoln».

Claro que eso no tenía nada de extraño. Era un coche que iba a pasarme. Pero el hecho de que hubiera sólo tres hombres en él — uno conduciendo y los otros dos en el diván posterior — hizo que una especie de ratoncillo me mordiera en la columna vertebral.

El «Lincoln» venía lanzado, mientras que yo iba a una velocidad moderada. Le dejé paso.

Pero hice algo más.

Mientras pisaba el freno, me tumbé con toda la rapidez posible

en el diván delantero.

Si llego a vacilar una décima de segundo, no lo cuento.

La ráfaga de ametralladora pasó por encima de mi cabeza.

Todos los cristales se hicieron polvo.

El coche se me caló, quedando cruzado en medio de la carretera, mientras el «Lincoln» seguía adelante.

No pudo frenar hasta unas doscientas yardas más allá.

Un tipo armado con una metralleta saltó de él. Debió pensar que me había dado, porque yo no asomaba la cabeza.

Comprendí que estaba listo si no inventaba algo.

Yo no disponía de ningún arma. Mi única carta en aquella partida infernal consistía en que, por el momento, mis enemigos me creían muerto.

Saqué la marcha, dejando el automóvil de nuevo en punto muerto. Y moví la llave de contacto para ponerlo en acción de nuevo. El suave runruneo del motor fue inaudible para el tipo que se acercaba con la metralleta dispuesta. Para él, el coche estaba con el motor parado.

Introduje la primera con suavidad.

No sabía dónde estaba mi enemigo, pero lo imaginaba.

Y de pronto solté el embrague, dando gas con furia, mientras me ponía de nuevo ante el volante. El fulano quedó tan sorprendido al verme venir como un bólido hacia él que perdió la serenidad. Disparó, pero las balas quedaron bajas. De pronto intentó saltar.

No le dejé.

En aquella miserable partida, era mi vida contra la suya. Si vacilaba una sola fracción de segundo, yo no podría contarle.

El poderoso capó del «Pontiac» cazó al tío al vuelo, cuando intentaba saltar.

Lo envió por los aires como un pelele.

Como un pelele roto por la mitad.

Porque el chasquido de sus huesos me indicó que le había destrozado por lo menos las caderas. Ya no se reharía nunca.

Los otros dos continuaban en el «Lincoln», pero ahora estaban paralizados por la sorpresa. Esta vez fui yo el que les adelanté por la izquierda cuando ellos estaban parados.

Di gas a fondo.

Sabía que se iniciaba una frenética persecución en la que nada

me sería perdonado.

El «Pontiac» arreaba tanto como el «Ford Lincoln», pero a la larga me iría ganando distancia. Su motor era más potente. Yo les había sacado ya media milla de ventaja cuando ellos reaccionaron y se pusieron a perseguirme, pero al cabo de unos minutos los tenía ya a un cuarto de milla. Di más gas, hasta que el coche se puso a rugir como si todas las bielas se hubieran vuelto locas.

Iban avanzando casi insensiblemente. Pero después de cada curva los veía más cerca.

Las ruedas chirriaban.

Dos veces estuve a punto de salir de la carretera e irme al diablo, y dos veces los potentes frenos me salvaron, haciendo que las ruedas se enderezaran al borde mismo de los precipicios.

A ellos también les sucedía lo mismo.

Pero seguían avanzando.

Cien yardas más y estarían en situación de tiro. Mientras uno conducía, el otro podría dedicarse a barrerme con las balas de su metralleta.

Mi única esperanza estaba en encontrar alguna patrulla de tráfico. Pero esos dichosos policías que aparecen detrás de cada curva en cuanto tú pisas la raya amarilla, no estaban ahora en ninguna parte.

Ahora venía un trozo recto.

Se habían situado detrás de mí.

¡Malditos fueran!...

RA TAT TAT TAT...

La primera ráfaga se comió los cristales posteriores del coche, hizo saltar algo de la tapicería del techo y me acarició los cabellos. A la segunda me liquidarían.

RA TAT TAT TAT...

Esta vez me salvé porque había hecho oscilar el coche, girando el volante bruscamente y volviéndolo a girar, aun a riesgo de perder la dirección e irme al diablo. Pero la recta seguía. A mí me pareció que no iba a terminar nunca.

El coche volaba.

Pero me pareció que era un trasto parado en mitad de la carretera. ¡Los otros sí que corrían! ¡Ya los tenía materialmente encima!

Me incliné sobre el volante, casi sin ver la carretera, para ofrecer menos blanco. Estuve a punto de salirme del asfalto otra vez y enderecé en el último momento. Todo aquello lo había visto en las películas, pero jamás pensé que pudiera sucederme a mí. Noté que las ruedas no tocaban apenas la carretera, a tanta velocidad iba. Con eso logré ganar a los del «Lincoln» una pequeña distancia.

De pronto vi la curva encima.

La tomé a toda velocidad, patinando materialmente sobre dos ruedas.

Y, como un chispazo, tuve aquella idea maldita. Muerto por muerto, iba a jugármelo todo a una carta. Tenía bastantes probabilidades de salirme bien.

Frené bruscamente al pasar la curva, patiné, crucé el coche en la carretera y puse el freno de mano para que su resistencia fuera más firme. Inmediatamente salté por la portezuela derecha, ya que el «Lincoln» había de venir por el lado izquierdo.

Oía el rugido de su motor. Un rugido que parecía el de una tempestad.

¡Ya estaba allí!

Salté fuera del asfalto y me dejé caer por colina abajo. Di varias vueltas de campana y la tierra ocre me envolvió. Me convertí en unos instantes en una especie de botijo.

El conductor del «Lincoln» no vio mi coche parado hasta que hubo tomado la curva a velocidad suicida, girando también sobre dos ruedas. Debió tener tiempo para acordarse de todos mis antepasados.

Pero para nada más.

Aplicó el pie al freno, pero no llegó a apretar. Ni siquiera se encendieron las luces de *stop*. El «Lincoln» quedó tan materialmente empotrado en el «Pontiac» que ni con dos grúas hubieran podido separarlos. La explosión fue horrisona; pareció la de una bomba.

Las llamas debieron verse de Las Vegas.

Fue un estallido terrible, atroz, como si explotara de pronto un buque bucanero.

Yo estaba ya al pie de la colina, llevándome las manos a la cabeza. Me dominaba una demoledora sensación de horror.

Nunca me hubiera creído capaz de matar a tantos hombres.

Yo, un pobre fulano que se ganaba la vida haciendo reportajes

sobre las muertes que causaban los otros.

Eché a correr con todas mis fuerzas. Suponía que muy pronto llegarían los de la policía de tráfico y no convenía que entonces yo estuviera visible por allí.

Seguramente me darían por muerto.

Los cadáveres estarían tan despedazados y tan confundidos que no se sabría quién iba en el «Lincoln» y quién en el «Pontiac».

Por fortuna ningún helicóptero me buscó por entre las dunas quemadas por el sol. Desde arriba me hubieran visto cómo una liebre tratando de escabullirme.

No sé tampoco cómo llegué hasta una carretera secundaria, donde me tumbé cerca del asfalto, esperando la caída de la noche, en lo alto de un fuerte repechón. Hasta allí los pesados camiones llegaban en primera y luego daban un breve respiro al motor antes de meter segunda. Eso me permitiría maniobrar.

Cuando las sombras de la noche ya lo habían cubierto todo, salté por detrás hacia la lona de un camión que iba más despacio que los otros. Éste me dejó en las inmediaciones de la presa Boulder, y desde allí ya me atreví a hacer *auto-stop*.

Estaba deshecho, barbudo y derrengado cuando llegué a San Francisco dos días más tarde. Parecía mi propia sombra.

Que nadie me hablara de los hombres-muertos.

¡El hombre-muerto era yo!...

CAPÍTULO X

Tuve fuerzas para darme una ducha caliente y afeitarme, beberme un *whisky* doble y vestirme unas ropas ligeras. Luego miré la cama como si la cama fuera la mujer más hermosa del mundo. Me tendí en ella y quedé dormido como un tronco.

Ni siquiera se me ocurrió pensar que aquélla era la cama donde había pasado su última y dramática noche la muchacha que se arrojó por la ventana.

No sentía miedo.

Sólo un cansancio que me derrotaba, que me destrozaba hasta los huesos.

No sé cuánto tiempo estuve así.

¿Unas horas, unos minutos, un año?...

De pronto algo me despertó. Noté junto a mí una presencia extraña.

Me enderecé bruscamente, quedando sentado en la cama. Mis ojos se clavaron en la figura que tenía ante mí, quieta en el centro de la habitación. Por unos instantes incluso no pude creerlo.

—Rosanna... —balbucí.

Ella avanzó unos pasos y se sentó tímidamente en el borde.

Me miraba como si no estuviera muy segura de mi salud mental.

—¿Qué le ha ocurrido? —musitó—. Le he estado telefoneando durante todo este tiempo.

Me pasé la mano por los ojos.

—Tiene razón, Rosanna. Yo le debo aún todo ese dinero... Lo que estoy haciendo es imperdonable.

—No he venido por el dinero.

—¿No?

—He venido solo por usted. Cuando le conocí me pareció que estaba a punto de ocurrirle algo muy grave.

—Ya me ha ocurrido, aunque afortunadamente he podido

escapar... por ahora. Pero dejemos eso. ¿Dice que no necesita el dinero aún?

—Podré ocultar la falta del cheque durante unos días más. ¿Pero qué le pasa? ¿Quiere que avise a la policía? ¿Qué puedo hacer por usted?

La solicitud de la chica me conmovió. ¿Qué sabía ella de todo aquel mundo abismal y fantasmagórico en que estaba metido? ¿Por qué había vuelto allí? ¿Hasta qué punto tenía derecho a mezclarla en eso?

—Vete, Rosanna —musité—. Te devolveré el dinero antes de lo que piensas, pero ahora más vale que te vayas.

—¿Qué tratas de decir? ¿Qué corro peligro?

—Más o menos así es.

—¿Te busca la policía?

—La policía y alguien más. Pero no seas chiquilla, Rosanna. Esto no tiene nada de emocionante ni de bonito. Al contrario, es miserable y sucio. Lárgate.

—No quisiera dejarte metido hasta las orejas en un apuro tan miserable y sucio como dices. Explícame en qué puedo ayudarte.

Su sinceridad resultaba conmovedora.

Yo estaba dispuesto a dejarla al margen de aquel asunto. Pero entonces comprendí que, después de todo, quizá pudiera ayudarme. Es decir, sin contar con la ayuda de alguien yo jamás podría desentrañar aquel asunto.

—El avaro de tu jefe tiene mucha gente que trabaja para él, ¿no es cierto? —susurré—. Gente a la que explota.

—Sí, claro. Personas de todas clases.

—¿Alguien que conozca el hebreo, y el sánscrito?

Rosanna vaciló un momento.

No era fácil, después de todo, dar con una persona que tuviera tan extrañas aficiones.

—El profesor Donovan —dijo al fin.

—¿Es de confianza?

—Una tumba. Además, es lejano pariente mío. Puedo exigirle que guarde un secreto.

Me puse en pie, saltando de la cama. De pronto me sentía mucho más animado.

—¿Puedo ver al profesor Donovan enseguida? —pregunté.

—Claro que sí. Vive en el mismo San Francisco. Puede estar aquí dentro de una hora.

Tomé a Rosanna por los hombros impulsivamente.

No me daba cuenta en este momento de lo bonita que era. Sólo pensaba en la solución de todo aquel siniestro embrollo. La miré al fondo de sus pupilos y limpios ojos.

—Llámale —susurró—. Por favor, dile que venga.

Antes de una hora, el profesor Donovan estaba allí. Era un vejete que me mereció confianza. Recordaba un poco a Daucik, y por un momento temblé al pensar que por mi culpa quizá llegaría también a estar muerto.

Deshice el paquete de plástico y examiné las hojas de papel que había dentro. Como había supuesto, no todo estaba traducido. Había algunas observaciones en inglés, pero el resto consistía en frases hebreas, pasajes de libros que yo no había oído nombrar jamás y Donovan, al ver aquello, debió tener al principio una sensación de caos.

Pero me pidió tiempo para estudiarlo.

—Hágalo —supliqué—, pero no se mueva de aquí. No quiero ocultarle que corremos peligro todos. Más de un hombre ha muerto a causa de los papeles que tiene ahora en la mano.

Rosanna me miró con asombro.

Empezaba a darse cuenta de las dimensiones de todo aquel condenado embrollo.

Pero Donovan asintió.

—Ahora son las nueve de la noche —dijo—. Creo que antes de las tres de la madrugada podré llegar a alguna conclusión.

Rosanna y yo aguardamos expectantes el resultado de su trabajo. Estábamos tan absortos en nuestros pensamientos que ni siquiera oímos un furibundo tiroteo en la esquina de las calles Eddy y Taylor. Un policía había resultado herido y dos malhechores muertos, pero no nos enteraríamos de eso hasta al mañana siguiente.

Debían ser las dos y media cuando Donovan, que había tomado numerosos apuntes sobre su trabajo, sonrió con indiferencia mientras se encogía de hombros.

—La verdad, amigo —dijo—, no comprendo que esto pueda tener utilidad para nadie. Ni creo que persona alguna pueda haber

muerto por lo que aquí dice.

Yo iba ya al menos por mi veinticinco *whisky*.

Farfullé:

—¿Pero qué dice? En este condenado asunto, ¿cómo ligán unas cosas con otras?

—Se trata de una simple investigación histórica. Algo que los súmenos recogieron de otros habitantes de Mesopotamia mucho más antiguos que ellos. De los sumerios lo recogieron los cretenses; luego los egipcios y al fin los hebreos. Se trata de una noticia histórica que se ha ido transmitiendo de pueblo en pueblo, pero sin que nadie añadiera nada nuevo. La verdad es que se han limitado a repetirla.

Me preparé mi *whisky* número veintiséis.

¡Y lo que me faltaba!

Porque resulta que mi número es el veintinueve.

—¿Qué dice esa noticia, profesor?

—Hubo un momento en que se creyó llegado el fin del mundo.

—Bueno, los antiguos creían mucho en eso.

—¿Y nosotros no? Nosotros vivimos en un permanente terror, aunque no queramos hablar de eso. Pero además, en la época a que me refiero, y cuya antigüedad me es imposible determinar, existió una causa concreta.

—¿Qué causa?

—Supongo que fue la caída de un aerolito, un aerolito que debió ser enorme. En los textos se dice: «mensajero del sol», «mensajero del cielo» y «mensajero del espacio», según fueran las creencias religiosas de los que los escribieron. Pero yo creo que fue un aerolito. Tuvo que ser enorme, tanto que la tierra entera resultó sacudida.

Hizo una pausa, mientras cargaba su pipa y añadió:

—Al parecer los sumerios, que ya eran buenos astrónomos, describieron el camino del aerolito y más o menos calcularon su velocidad y su órbita. Por lo que deduzco, pasó bastante por encima de sus cabezas. No se desplomó sobre ellos, sino en algún lugar situado mucho más al Oeste. ¿Tiene usted un globo terráqueo o un mapa mundi?

Yo tenía un mapa mundi.

Donovan lo tendió sobre la mesa y con un compás, se puso a

calcular. Aquel tío era un sabio. Resultaba que también entendía de matemáticas. Estuvo un buen rato calculando en silencio y consultando los textos de vez en cuando, hasta que al fin señaló un punto en el mar, concretamente en el océano Atlántico, un poco al Oeste de lo que hoy es el mar de los Sargazos.

—Aquí —dijo—. Puedo equivocarme de mil millas, lo que es un error mínimo en esta clase de cálculos. Pero el aerolito hubo de caer aquí.

—¿En el mar?

—Aquí, en este sitio.

—Pero entonces —susurré—. ¿Por qué los antiguos creyeron en el fin del mundo? Si cayó en el mar, ¿a qué viene eso de que tembló la tierra?

Donovan arqueó una ceja.

—Fíjese —musitó— que yo digo que cayó aquí, pero no he insinuado ni mucho menos que esto fuera el mar. Lo que voy a decirle indica hasta qué punto es enormemente antigua esa historia. Usted sabe que hubo una época en que África y América estuvieron unidas.

—Efectivamente. Supongo que no pasa de ser una teoría, pero con muchos visos de realidad. Basta mirar la forma que los continentes tienen en el mapa para...

Donovan me cortó.

—Sí, sí, eso es cierto. Lo que le digo, pues, es que el gigantesco aerolito cayó en tierra firme. En algunos puntos dice que las sacudidas sísmicas llegaron hasta Mesopotamia. Y en otros, en los textos hebreos por ejemplo, que son mucho más posteriores, se habla de algo asombroso. Se recoge una tradición según la cual hombres que habían visto el aerolito llegaron a pie hasta el Asia Menor.

—¿A pie? ¿Pero qué dice? ¿Hombres que, por lo tanto eran *americanos*?

—Sí.

—Oiga, Donovan, usted está majareta.

—Fíjese en que digo que esos viajeros no llegaron *entonces*, en la época de las escrituras, sino mucho antes. Las escrituras se limitan a recoger una viejísima tradición. Y si América y África estaban unidas en el momento en que ese fenómeno se produjo, o

separadas por un estrecho brazo de mar, no resulta nada raro que algunos hombres pasaran desde lo que hoy es América hasta lo que hoy es África, y desde allí, atravesando la antigua Numidia y Egipto, o bien a través de España, llegaron al Asia Menor. Ellos no conocían aún la escritura, de modo que su relato se hubiera perdido para siempre. Pero entre los ríos Tigris y Eufrates había un pueblo que sí que la conocía, y lo que ellos dijeron fue conservado.

—¿Qué dijeron?

Yo sentía que unas gotitas de sudor helado comenzaban a perlar mis sienes, y no sabía por qué. Todo aquello era absurdo.

Donovan volvió a consultar sus notas.

No parecía demasiado seguro y, a veces, sus silencios se me hacían inaguantables.

Al fin susurró:

—Todos los relatos coinciden. Los antepasados de los sumerios vieron pasar el aerolito, y los viajeros que llegaron siglos después confirmaron haberlo tocado. Debía ser un aerolito algo especial. Tanto que en torno suyo algunos hombres vigilaban para conservarlo. Aquí, en dos o tres sitios distintos, les dan un nombre muy extraño. Les llaman los hombres-muerto...

Me estremecí.

Sólo aquel nombre me hacía recordar todos los horrores que yo había pasado hasta entonces y que hubiese querido olvidar para siempre.

Tuve que hacer un esfuerzo para barbotar:

—¿Qué son los hombres-muerto?

—Supongo que una secta religiosa.

—¿Por qué lo cree?

—Por lógica. A un aerolito tan especial como aquél es muy razonable que se le atribuyeran cualidades sobrenaturales, casi divinas. Un mensaje del cielo y todo eso. Y también es natural que en torno al mismo surgiera una secta religiosa, con todas las características de la época.

Sentía frío en la espalda.

Y no sabía por qué.

O, mejor dicho, sí que lo sabía...

—¿Cuánto tiempo puede hacer de eso, profesor?

—¿Y yo qué sé? No soy geólogo. ¿Cincuenta mil años? ¿Cien

mil? ¿Doscientos mil? Piense que cuando los sumerios escribieron eso, la historia ya les llegaba, por tradición oral repetida de padres a hijos, desde tiempos mucho más antiguos.

—Entonces, ¿cómo es posible que yo haya visto a uno de esos hombres-muerto?

Alzó la cabeza y me miró como si yo estuviera loco.

Sin duda no me creía.

—¿Dónde lo vio? —susurró.

—En Chicago.

—¿Nada menos que en la materialista Chicago? ¿Y ahora?

—Sí.

—Usted está enfermo, amigo mío.

—Le juro que digo la verdad, Donovan. Hasta este momento he podido pensar que estaba loco, pero ahora ya no. Son demasiadas coincidencias y han ocurrido demasiadas cosas. Se trata de unos hombres-muerto, chupadores de sangre...

Palideció.

Comprendí que acababa de dar en el clavo, aunque no sabía aún por qué.

—Es asombroso... —dijo—. ¿De dónde ha sacado usted eso? Los textos hacen precisamente esa observación: LOS HOMBRES-MUERTO CHUPADORES DE SANGRE.

Todos quedamos en silencio.

Era un silencio macizo e irreal, que parecía poder cortarse con unas tijeras.

Yo creo que Rosanna ni siquiera respiraba.

Y yo tan sólo sentía los batacazos sordos de mi propio corazón.

Donovan silabeó:

—Por favor... No quiero seguir en esto. No quiero dar un paso más. No quiero meterme más...

—Le pagaré, profesor. Siga.

—No es cuestión de dinero. Ni por todo el oro del mundo seguiría adelante. Es algo que no me dejará dormir.

—Pero Donovan..., ¡usted ha empezado! ¡Tiene que terminar! ¡No puede dejarme ahora!

—Ya se lo he dicho todo. Sólo que...

Vaciló.

—¿Qué?...

—Hay algo más. Una tontería. Una tontería que incluso es cómoda.

—¿Pero de qué se trata?

Vaciló antes de decir:

—De una nota musical.

—¿De una nota musical?...

—Sí. Se repite como una constante a través de todos los relatos. Y si tenemos en cuenta que éstos están separados por docenas de miles de años de distancia, el hecho es sencillamente asombroso.

—¡Pero si entonces no había modo de escribir la música!

—Se refieren al primer canto del mirlo. Y siempre hay dibujado un sol naciente junto a él. El primer canto del mirlo al salir el sol.

Yo no entendía una palabra.

Estaba sencillamente anonadado.

Donovan se puso en pie y balbució:

—Lo siento, pero no quiero seguir. No deseo ni acordarme de esto. Por favor, no vuelva a llamarme más, amigo mío.

Y se largó.

Yo no tuve tiempo ni de reaccionar.

Sentía los pies como clavados en el suelo. Todos mis músculos estaban como petrificados.

Cuando Rosanna y yo quedamos solos, la miré fijamente.

Era extraño lo que me sucedía con aquella muchacha.

Rosanna era la única cosa que me unía al mundo real, al mundo de las verdades de cada día.

—Tú también debes irte —dije maquinalmente—. Ya me has ayudado bastante. No debes mezclarte en esto.

Noté que se levantaba.

Debía tener la misma sensación de irrealidad que yo, porque necesitó apoyarse en una de las paredes.

—Quizá necesites que me quede... —balbució.

Estaba llena de buena voluntad.

Y por eso mismo no quería comprometerla.

No contesté. Me limité a cerrar la puerta a su espalda.

Y en todo lo que quedaba de aquella condenada noche, no pude dormir. Tuve la sensación de que ya no podría volver a dormir nunca.

Además, la policía me buscaba.

Cada vez que oía las sirenas de un patrullero remontando Eddy Street, el corazón me daba un vuelco.

Pero nadie vino a por mí.

Cuando, a la mañana siguiente, una chica pagada por el administrador de la finca vino a dar un repaso a todo aquello, yo estaba pálido como un cadáver.

Ni siquiera contesté a su saludo y ni siquiera miré sus piernas cuando ella se subió a una silla para limpiar el polvo acumulado sobre unos cortinajes.

Y eso que la chica estaba de campeonato.

Pero vaya usted a saber. Yo estaba tan seguro de que iba a morir, que a lo peor hasta me había vuelto miope.

CAPÍTULO XI

No sé ni cómo transcurrí las doce horas siguientes. Estaba tan indeciso que no me atrevía a salir de allí. Estaba seguro de que, con cualquier pretexto, la policía me echaría el guante si yo ponía los pies en la calle. Sólo al mediodía me fui a comer a un *selfservice* que hay cerca de Markett Street, y cuya especialidad es el pavo asado a muy buen precio. Pero, a pesar de su aspecto succulento, cuando vi el plato delante no pude probar bocado.

Volví a lo que había sido estudio del profesor Marcuse.

Las sombras empezaban a llenarlo todo.

Parecían tener manos que venían hacia mí. Ojos que me observaban. Las sombras llegaban por todas partes.

Y yo pensaba en el extraño aerolito que llegó diez, veinte mil años atrás. Pensaba en los hombres-muerto que se habían juramentado para defenderlo. Y pensaba también en los hombres-vivos que había encontrado cerca de Las Vegas, y que empleaban potentes coches último modelo y mortíferas metralletas.

De pronto sonó el teléfono.

Me abalancé hacia él para descolgarlo.

No sabía quién diablos podía llamarme, pero en mi situación actual estaba ansioso de noticias.

Reconocí la voz. Sonaba con tanta claridad como si me hablasen desde la habitación de al lado, aunque yo sabía ya que me llamaban desde Los Ángeles.

—Soy Clara Laurentien. Perdona que le moleste.

—No se preocupe, no tiene importancia. Al contrario, le aseguro que me alegro de oírla.

—¿Tiene noticias?

—No, no he sabido nada del profesor Marcuse. Ni que se lo hubiera tragado la tierra.

—Pues no sé a quién voy a encargarle esos trabajos. Me siento

desconcertada.

Estuve a punto de recomendarle a Donovan, pero enseguida pensé que Donovan era una figura de segunda fila que no alcanzaba la categoría de Marcuse. Además, ¿para qué complicarle la vida?

Clara Laurentien preguntó:

—¿No me contesta?

—No sé qué decirle, señorita. Estoy tan desconcertado como usted.

—Me temo que le estoy molestando. Este asunto a usted no le interesa.

—Oh, Clara, al contrario. Me gustaría ayudarla.

—Es posible que vuelva a San Francisco. ¿Y si encargara del asunto a una agencia de investigación privada?

—Sería de mal gusto —dije espontáneamente—. El profesor Marcuse tiene derecho a desaparecer si quiere. Es muy libre.

—Naturalmente, eso no lo discute nadie. Pero es que temo que le haya Ocurrido algo, ¿sabe? En fin, de todos modos, es posible, repito, que vuelva a San Francisco enseguida. También quiero ponerme en manos de un famoso cirujano que es posible que pueda hacer algo por mis ojos. En ese caso iría a verle, aunque lo de «verle» sea solo un decir. Me limitaría a que me viese usted a mí.

Me mordí los labios, mientras una especie de ramalazo de deseo saltaba a mi pecho y a mi garganta. Otra vez tener delante aquella chica... ¡deliciosa y excitante Clara!

—Ah, oiga... —su voz seguía sonando acariciante y tensa—. No cuelgue, quiero decirle algo.

—Dígamelo.

—Me he quitado aquellos espantosos *panties*...

Y colgó.

Yo quedé mirando el auricular como un idiota.

Otra vez sentía el deseo en mi pecho, en mi garganta, en mis labios.

Me parecía ver otra vez, oscilando delante de mis ojos, las maravillosas piernas de Clara Laurentien.

Aquella conversación había producido un efecto estimulante en mí.

Me había devuelto las ganas de vivir.

Claro que inmediatamente pensé en aquel condenado misterio.

Porque había cosas que no me explicaría jamás. Por ejemplo, ¿qué significaban en todo aquello mis sueños? ¿Por qué había yo soñado que una muchacha se arrojaba por la ventana y lo del suicidio de la muchacha fue verdad? ¿Por qué había visto yo con los ojos cerrados a los hombres-muerto antes de que de los hombres-muerto me hablara nadie?

Intenté animarme pensando en Clara Laurentien.

¡Qué mujer!

¡Qué escultura!

Claro que no estaba bien pensar aquello de una chica ciega que ni siquiera sabía cuándo dejaba al descubierto sus piernas.

Me puse entonces a pensar en Rosanna.

¡Qué mujer!

¡Qué escultura!

¿Pero ustedes han visto?

¿De qué cuerno me quejaba yo, si estaba rodeado de mujeres que valían la pena?

Pero miré en torno mío.

La sensación de misterio me atosigaba, me envolvía.

Había momentos en que creía encontrarme en mi propia tumba.

Y fue entonces cuando oí aquel sonido.

Raaaaaac... Raaaaaac...

Era una especie de chirrido que subía hasta mí, llegando desde las profundidades de la casa.

Raaaaaac... Raaaaaac...

Como una voz misteriosa e ininteligible que me hablara desde las profundidades de la tierra.

Agucé los oídos.

El sonido llegaba desde la parte posterior de la casa, donde había unos patios vecinales. Fui hacia una de las ventanas de aquel lado y entonces lo capté con perfecta claridad. Llegaba por el enorme tubo exterior del aire acondicionado. Era un tubo ancho como un roble, hecho de material ligero, y que subía hasta el tejado, siempre pegado a la fachada posterior de la casa.

Raaaaaac... Raaaaaac...

El sonido era tan claro que hasta el tubo, dotado de grandes cualidades acústicas, parecía vibrar.

Miré por la ventana hacia el patio que había abajo y encontré la

causa la elementalísima y sencilla causa. Un gato de los que vivían por los tejados estaba afilándose las uñas sobre la superficie del tubo. Lo hacía con tanta afición que el sonido llegaba hasta la cima del edificio.

Cerré.

¡Vaya, qué tontería!

¿Y por eso me había molestado yo?

Pero mis ojos seguían clavados en aquel ancho tubo, en aquel conducto que de repente parecía obsesionarme. Un hombre podía pasar por él. ¿Tal vez el propio Marcuse? ¿Quizá Marcuse, al que nadie había visto salir, había huido por allí?

Decidí averiguar lo que pudiera haber de verdad en aquel súbito pensamiento.

Subí al tejado.

Las tinieblas habían caído ya sobre San Francisco. Claro que eso de las tinieblas era una cosa relativa, porque toda aquella zona de la costa relucía como una luciérnaga. El Golden Gate era una pura maravilla. Y los rascacielos del centro, contiguos a California Street, parecían dedos majestuosos de luz que arañaran la noche.

Muy bonito.

Pero yo estaba encaramado a más de sesenta metros de altura, descoyuntando la parte superior de un tubo por cuyo interior podía pasar un hombre. O mejor dicho, tratando de descoyuntarlo, porque en realidad lo estaba ya.

Era evidente que por allí había pasado alguien.

Destapé la parte superior del tubo más o menos como el que destapa una cacerola. Y me introduje en él.

Iba a necesitar todas mis fuerzas.

Bajar sesenta metros de golpe, aunque fuera por el interior de un tubo, significaba la muerte.

De modo que me serví de codos y rodillas para bajar poco a poco. Rechiné los dientes, porque no creí que aquello pudiera costar tanto trabajo. Sabía que en cuanto empezase a bajar aprisa ya no habría fuerza humana que me detuviese. Mis ropas se rasgaron, y aun así estuve a punto de irme al infierno.

La sensación de encierro me ahogaba.

Era como haberme metido en mi propia tumba.

Al fin, tras un tiempo que me pareció interminable, llegué al fin

de aquel suplicio. Caí por una trampilla y *me* encontré en un sótano lleno de polvo y de ruinas, donde se escuchaba el correr furtivo de las ratas. La iluminación era casi inexistente. Sólo entraban unos rayos de luna por una claraboya del techo.

Busqué la salida.

Quería saber por dónde tenía que escapar si las cosas se ponían feas. Era como el conductor que va a probar un nuevo bólido y pregunta por el estado de los frenos.

Y entonces descubrí algo tan inquietante que me heló la sangre en las venas.

La única salida estaba tapiada.

No resultaba tan extraño, de todos modos. El edificio entero iba a ser derribado, y el sótano ofrecía un peligro especial porque amenazaba ruina parcial. Era lógico que lo hubiesen tapiado para impedir la entrada de cualquier persona.

Pero había algo más.

Al cabo de unos instantes de estar allí me di cuenta.

Era aquel olor.

Aquel olor nauseabundo...

Olor a muerto.

Intenté pensar que allí debía haber muchos cadáveres de ratas, los cuales podían producir aquel metífico «aroma». Pero no me convencí a mí mismo. Era el mismo olor que había percibido en el crematorio de Chicago. Olor a cadáver humano.

Me sentí acorralado.

Pero hice acopio de valor y seguí adelante.

Ahora ya no podía retroceder.

Tenía que llegar hasta el fin.

Como precisamente en Chicago había regalado mi encendedor, hube de emplear fósforos al alejarme de la claraboya. El sótano no era muy grande, y pronto encontré la pared que señalaba su final. Fue allí donde el olor resultó para mi espantoso, casi insoportable.

Bajé la mano con el fósforo.

Y lo vi.

Tenía que ser Marcuse.

Necesité todas mis fuerzas y todo mi valor para mirarlo dos veces.

Debía llevar muerto desde el mismo día en que la chica se arrojó

por la ventana. ¿Cuántos días? Me sentí incapaz de calcularlo. Aunque no era demasiado tiempo, la descomposición estaba ya muy avanzada. Las ratas, además, la habían acelerado, dándose un espantoso festín.

Entrecerré los ojos.

Sí, sí. Era Marcuse.

A pesar de los efectos demoledores de la muerte en él, aún recordaba perfectamente al retrato que yo había visto.

Debió huir por allí antes de que llegara la policía, al observar que la muchacha se había arrojado por la ventana. ¿Tuvo miedo? ¿O quizá pensó que a la chica la habían matado y que luego le matarían a él? El caso fue que bajó por el tubo y se encontró encerrado allí dentro. ¿Pero había muerto de hambre? ¿O lo habían matado allí?

No, no podía haber muerto de hambre en menos de una semana. Además, podía haber pedido auxilio. Sencillamente, lo habían matado.

¿Quién?

Lo comprendí con un gesto de horror al oír aquel leve crujido a mi espalda.

CAPÍTULO XII

Tuve la suficiente serenidad para no moverme aún. Mantuve el necesario dominio de mis nervios para no demostrar que lo había oído.

Alguien estaba detrás mío.

¡Iba a atacar!

Y pese a que mi arma no era más que un simple fósforo, lo empleé. Giré de pronto velozmente con él en la mano. Traté de clavarlo en la cara del que estaba detrás mío, como el que clava un puñetazo.

Naturalmente el fósforo ya estaba casi apagado cuando llegó a su destino.

Pero hizo retroceder maquinalmente a mi enemigo y así esquivé el primer golpe.

Sentí que la mano me temblaba.

¿Era aquello un rostro humano?

¿O era uno de los muertos vivientes que había visto en sueños?

Por un momento me pareció revivir la espantosa pesadilla que había vivido en el crematorio de Chicago.

Parecía el mismo muerto.

¡El mismo cadáver a medio descomponer que entonces me atacó!

La boca se me había secado.

Me sentía rodeado de muerte por todas partes.

No tenía fuerzas.

Y cuando respiré con fuerza, tratando de concentrar energías, aquel olor metálico se me metió hasta los huesos. Entonces me derrumbé. Entonces supe que jamás saldría de allí con vida.

El fantasma avanzaba hacia mí.

No llevaba armas, pero noté que sus dedos estaban afilados como espadas. Eran auténticas zarpas. Un par de golpes me dejarían

degollado como sin duda habían degollado a Marcuse.

¿Iba yo a convertirme en un cadáver como él?

¿Iba a descomponerme de aquella manera?

Fue eso lo que me dio fuerzas.

La desesperación.

Y salté con los pies por delante, dispuesto a rechazar a mi infernal enemigo. No le alcancé porque se apartó a tiempo. Parecía haber adivinado mis pensamientos.

Y entonces moví el puño izquierdo.

Tampoco le alcancé.

La oscuridad era bastante espesa, pero me había acostumbrado a ella y veía confusamente los contornos de las cosas. Las uñas pasaron entonces tan cerca de mi cara que me produjeron un desgarrón en el cuello de la camisa.

Moví de nuevo los pies.

Y esta vez lo hice bien.

Me pareció encontrar en el camino de mis pies algo que no sé hasta qué punto era un cuerpo humano. Oí el crujido de los huesos al romperse. El espectro fue despedido hacia atrás y chocó contra la pared que tenía a su espalda.

Menos mal que me moví a tiempo.

Esta vez el que pareció adivinar las cosas fui yo.

Si llego a estarme quieto un solo segundo, la pared se me derrumba encima.

Todo el sótano pareció irse al diablo. Una nube de cascotes se desplomó sobre mi cabeza. Di un nuevo salto, salí de la zona de peligro y contemplé como la pared del fondo se derrumbaba completamente. Una nube de polvo me cegó. Por unos instantes no supe dónde estaba.

Pensé que iba a morir.

Que quedaría sepultado tal vez durante meses en las entrañas del edificio, mientras, arriba, toda la policía de California me busca inútilmente. Mientras me buscaban aquellas dos deliciosas mujeres que eran Rosanna y Clara Laurentien.

Pero poco a poco el estrépito cesó.

Me di cuenta de que el derrumbamiento había sido parcial y que ya estaba liquidado.

La atmósfera se hizo parcialmente respirable.

Entonces me atreví a encender otro fósforo y miré. Me di cuenta de que la pared del fondo, al derrumbarse, había hecho desaparecer por completo al espectro. De éste no se veía nada, ni un hueso. Y sacarlo de allí hubiera requerido los esfuerzos de varios hombres, aparte de que existía el peligro de provocar nuevos derrumbamientos.

Me incliné de nuevo sobre Marcuse, encendiendo un fósforo tras otro y dominando mi aprensión y mi náusea.

Su figura quedó espantosamente retratada en mi cerebro.

Supe que ya nunca la olvidaría, que sería la pesadilla de todos mis días y de todas mis noches.

Pero eso no evitaba que me fijase bien en todos los detalles. Y hubo uno que me llamó la atención.

Su mano derecha estaba a medio salir de uno de los bolsillos de su americana.

Y habría en ella algo.

Un termómetro de precisión de los que se usan para experimentos de laboratorio.

Estaba roto.

Eso no tenía nada de extraño, teniendo en cuenta las trompadas que debió recibir el pobre hombre para bajar al sótano, y, peor aún, las que debió recibir antes de morir. ¿Pero por qué llevaba un termómetro? ¿Y por qué había querido sacarlo con sus últimas fuerzas, mostrarlo, como si eso fuera lo más importante de todo?

¿Por qué en su desesperación no había pensado en nada más?

¿Era eso lógico?

¿A quería significar algo a los hombres que lo encontrarían tiempo después? ¿Hablarles sin palabras?

Yo no entendía nada.

Pero la situación se me hacía ya insoportable, de modo que decidí salir. Ahora me quedaba una prueba terrible, una prueba que yo no desearía a mi peor enemigo.

Fui hacia la salida.

Imposible destruir aquella pared de sólido ladrillo que la cerraba.

Entonces me colgué con todas mis fuerzas del tubo, pensando que no resistiría mi peso y por lo tanto yo me quedaría sepultado para siempre allí. Pero, a pesar del material ligero con que estaba

hecho, resistió. Pude entrar en él y arrastrarme mientras el tubo se deslizó horizontalmente por el sótano. Pero cuando llegué a la gran chimenea vertical que subía hasta el tejado, sentí que mis fuerzas flaqueaban.

De todos modos tenía que intentarlo.

No podría romper el tubo sólo con mis puños. Era mucho más sólido de lo que al principio había creído.

De modo que me apoyé lo más sólidamente que pude, empleando por delante mis rodillas y mis manos, y por detrás mi espalda.

Empecé a ascender.

Primero subía un poco una rodilla, luego otra.

Y a continuación, apoyándome también en mis manos, izaba hacia arriba mi espalda.

Era un ejercicio que no terminaba nunca.

Que destrozaba mi cuerpo.

Pero si cedía era peor. Si cedía era como si me suicidase.

Traté de pensar: «Mientras sigas así llegarás... Mientras sigas así llegarás...».

Mis ropas estaban hechas jirones cuando alcancé el final del tubo. Todos los huesos me dolían. Me faltaba el aliento.

Más que salir del tubo, lo que hice fue dejarme caer sobre el tejado. Y así estuve, sin saber lo que me ocurría, casi sin sentido, hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO XIII

Daba vueltas y más vueltas a la habitación como una fiera enjaulada. Ninguno de mis pensamientos tenía sentido.

Habían transcurrido ya más de seis horas desde que me recuperé, en el tejado, y pude bajar hasta mi despacho, o mejor dicho el despacho de Marcuse. Una vez allí traté de serenarme, me di una ducha tibia de más de quince minutos de duración y me cambié de ropas. Fue entonces cuando me dije a mí mismo: «Tienes que pensar, muchacho... Tienes que pensar y no ponerte nervioso».

¿Pero quién no se ponía nervioso en aquellas circunstancias?

Estaba rodeado de muerte.

Muerte bajo mis pies.

Muerte en el aire.

Muerte en mis pensamientos...

Era imposible que tratase de razonar.

En cuanto ligaba dos ideas, volvía a mí la visión espantosa de lo ocurrido poco antes. ¡Y no podía olvidar que los cadáveres aún estaban allí! ¡Unos metros más abajo!

De pronto llamaron a la puerta.

Abrí.

Y mis ojos se iluminaron.

Bueno, al menos aquello era vida.

Al diablo les fúnebres recuerdos, al diablo los cadáveres sin enterrar.

Las mujeres tienen la virtud de que hacen olvidar todo lo negro y amargo que hay en el universo.

Clara Laurentien estaba ante mí.

Lástima que sus ojos sin luz no pudieran captar la alegría y la admiración con que mi mirada envolvió su figura.

—Supongo que es usted —dijo.

—Gracias por haber venido, Clara.

—Casi le aseguré que vendría, y al fin me he decidido. Necesitaba ver al médico, pero al mismo tiempo tenía ganas de hablar de nuevo con usted.

—Ha tenido una excelente idea. Siéntese, Clara.

Le acerqué una butaca, ella la palpó y se sentó.

—¿Le pareció muy aborrecible mi *whisky* del otro día? —pregunté—. Si no teme sufrir perforación de estómago, puedo prepararle otro.

—Su *whisky* era razonablemente bueno —dijo ella riendo—. Repetiré la aventura si me promete prepararme otro para usted.

—¡Oh, naturalmente!...

Escancié licor en dos vasos y me senté frente a ella. Noté que Clara había cruzado las piernas audazmente. Y me avergoncé de mí mismo por mirar hacia allí, por aprovecharme de la indefensión en que se encontraba una ciega.

Pero ¿no sabía ella que yo miraría?

¿No lo daba por descontado?

¿Y no le gustaba tal vez?

La vi sonreír.

—Ya no llevo aquellos horribles *panties* —musitó—. No sé cómo los he usado alguna vez. No sé cómo una mujer puede perder la coquetería hasta ese extremo.

—Usted dijo que eran... como una defensa.

—Sí, claro —susurró.

—Es extraño verla a usted aquí, Clara. Usted es una millonaria. Yo no soy más que un pobre vendedor de reportajes, la mayoría de los cuales nadie quiere.

—Pero es usted una persona agradable. ¡Estaría bueno que a mi edad fuera a hacer caso de la barrera del dinero! Y además yo estoy aquí también por una razón... digamos comercial.

—No sé nada de Marcuse.

Me sorprendí de mi caradura al mentir con aquella naturalidad. Ni aun caso de poder ella verme habría notado nada.

Clara se encogió de hombros.

—En fin... ¿qué le vamos a hacer? Era mi última tentativa. Encargaré el trabajo a otra persona.

—Siento que se haya molestado, Clara.

—No es ninguna molestia.

Tomó un sorbo de su *whisky*. Yo notaba que una especie de clima obsesionante se estaba formando entre los dos. Era como una llama lejana que se va acercando hasta envolverlo todo. Dentro de un instante ella me preguntaría: «¿No tienes novia?». Y yo respondería: «Nunca la he tenido». Y ella susurraría: «¿Es que no te gustan las mujeres, aunque sean como yo?». Y yo gritaría casi: «¡Como tú son precisamente las que me gustan, nena!».

Lo presentía como algo inevitable.

Y tenía miedo, no sabía por qué. Tenía miedo de mis malditas ideas.

—Clara —susurré de pronto, dejándome llevar por mi impulso—. Tú eres una mujer de cultura.

—Bueno, no tanto... Sólo intento estar al día.

—Si un hombre muere y con sus últimas fuerzas trata de sacar un termómetro para exhibirlo, ¿qué puede eso significar?

Sus ojos sin luz se avivaron.

—¿Un hombre muerto? ¿Quién?

Yo temí haber hablado demasiado. Ella era muy lista, qué caramba. Lo adivinaría todo si yo soltaba una palabra más.

—Hablo en pura teoría —dije.

—De acuerdo, pero por las teorías uno no debe preocuparse.

—De todos modos, ¿qué piensa de eso?

Inclinó la cabeza.

—Evidentemente el dato tendría su importancia —susurró—. Un moribundo no emplea sus últimas fuerzas en sacar porque sí algo tan extraño como un termómetro. Quizá se refería a la dirección de la casa que lo había fabricado. ¿Te fijaste en eso?

Ya no hablábamos de «teorías». Ella me estaba hablando de un muerto de verdad, y yo seguí la corriente. Lo primero que sentí fue vergüenza al no haberme fijado en un dato tan elemental.

—No —dije—, no reparé en ese detalle, aunque el termómetro debía ser de fabricación americana.

—¿Dónde está el muerto?

—Bueno, pues... Yo no digo que el muerto exista. Lo que digo es solamente una hipótesis.

—También podía significar otra cosa —musitó Clara.

—¿Cuál?

—Estados Unidos es un país donde no hay mercurio. Casi toda la

producción de mercurio del mundo está en España. Como máximo, en Estados Unidos puede haberlo en un sitio. ¿No sería eso lo que el muerto quiso significar, empleando sus últimas energías?

Me estremecí.

Menos mal que ella no llegó a ver la excitación que me había acometido de repente.

¡Claro! ¡Eso tenía que ser!

Imaginemos que había un sitio en Estados Unidos donde existía mercurio. O donde había existido.

Tenía que ser un sitio rural, un sitio quizá solitario y abandonado.

El sitio dónde... ¡donde había caído el aerolito!

¡Marcuse lo sabía!

¡Y había querido señalarlo!

Mis pensamientos iban a toda velocidad. Mi excitación era tan fuerte que crujieron mis nudillos.

Clara susurró:

—¿Te ocurre algo?

Yo ya no tenía serenidad ni para fijarme en sus maravillosas piernas. De pronto me parecía tener a mano la solución. Es decir... ¡la tenía!

—Un momento, Clara —susurré—. Sólo un momento.

Fui hacia la librería que había quedado intacta en el despacho de Marcuse, y que el administrador no había retirado, cediéndomela en depósito simplemente.

No faltaba allí un diccionario monumental. Busqué la palabra «Mercurio».

Por aquel libro me enteré de algunas cosas que no sabía. Por ejemplo, que en Norteamérica había existido un yacimiento de mercurio, un yacimiento situado en Nuevo México, cerca de Alamogordo. Pero la producción era tan escasa y los esfuerzos para la extracción tan desmesurados, que al final se había decidido abandonar aquello por falta de rentabilidad. *Bussines are bussines*. Los negocios son los negocios. Resultaba mucho más barato importar el mercurio de España.

Clara se había puesto en pie.

No me veía, pero adivinaba mi situación por el ruido y por el compás alterado de la respiración. Eso le bastaba también para

darse cuenta de que yo estaba pasando por una profunda crisis.

—¿Qué te sucede? —musitó.

—Clara —dije—, tú tienes abajo uno de los mejores coches del mundo.

—Sí, ciertamente. Y un chófer experimentado. Y todo el dinero que haga falta. ¿Pero por qué?...

—¿Te atreverías a llegar hasta Nuevo México?

—¿Contigo?

—Sí.

—¿Qué clase de aventura es ésta?

—Quizá hagamos uno de los descubrimientos más importantes de nuestro siglo —susurré—. Un descubrimiento que, además, puede significar una fortuna. Dime: ¿te atreverías?

—Nunca he dicho que no a una aventura —musitó ella—. Aunque no puedo ver dónde pongo los pies, no soy tampoco una chica de las que se asustan.

—Entonces vamos ahora mismo, Clara. No podemos perder un minuto.

—De acuerdo, pero escúchame. Eso que me dices, ¿se refiere de algún modo a Marcuse?

—En efecto, de nada me serviría mentirte. Se refiere a él.

—El cadáver de que me has hablado, ¿era el suyo?

—Sí.

—¿Dónde está?

—Eso no importa ahora, Clara Laurentien. Debe bastarte con saber que no daremos ningún paso en falso.

Chascó dos dedos, con un gesto de decisión casi masculino.

Pero ella no tenía nada de masculina.

¡Qué va!

—Vamos —dijo.

Casi chocamos en la puerta.

O, mejor dicho, chocamos del todo.

Se encontraron nuestras respiraciones.

Nuestros pensamientos.

Nuestros labios.

Fue un encontronazo de los que hacen que uno se olvide del día en que vive.

Casi estaba mareado cuando entré en el «Rolls». Cuando vi que

el gigantesco Oscar nos abría la portezuela a los dos sin decir palabra.

¡Qué coche!

Pero sobre todo..., ¡qué señora!

CAPÍTULO XIV

Por las magníficas carreteras norteamericanas, y contando nada menos que con un «Rolls», las distancias siempre se hacen cortas. Ciertamente que tuvimos que atravesar Sierra Nevada por un lado, pelándonos de frío, y que luego hubimos de atravesar el desierto por otro, mondándonos de calor. Pero en el «Rolls» todo iba bien. ¡Qué cuerno! ¡El «Rolls» tenía una calefacción sensacional y luego demostró también que tenía una refrigeración de primera!

Tardamos tres días en llegar a la zona de Alamogordo, y eso que Oscar corrió lo suyo. Pero es que en ciertos pasos de Sierra Nevada uno no podía dar gas a fondo. Por las noches dormíamos en moteles de los que jalonan cualquier carretera norteamericana, y alquilábamos tres habitaciones separadas. No sé si con algo de caradura pude haber pedido una para Clara y para mí, ya que yo me encargaba de las reservas. Pero me faltó esa dosis indispensable de cara, ya que no sabía lo que la muchacha opinaría de todo eso. Y también estaba la presencia invisible de Oscar, cuyo papel como guardaespaldas de la chica aparecía bastante claro para mí.

Al fin llegamos a la zona de Alamogordo. ¿Pero qué zona? Yo jamás he visto un paraje tan desértico, tan silencioso, tan muerto. Lo hubiese creído perfectamente caso de haberme dicho alguien que acabábamos de llegar a un paisaje lunar. ¿Y las antiguas minas de mercurio? ¿Dónde estaban? ¿En qué sitio buscar?

De pronto me di cuenta de que quizá me había metido demasiado alegremente en aquella aventura.

De que buscar en aquel desierto unas antiguas minas de mercurio, era como buscar una aguja en un pajar o una chica blanca y rubia en las selvas del Congo.

Clara susurró:

—Bueno, ya estamos en la zona. ¿Y ahora adonde?

—Preguntaremos en la próxima gasolinera, que está a diez

millas —dije—. Allí lo sabrán.

Pero no me sentía demasiado seguro de mí mismo.

Y, en efecto, el encargado de la gasolinera se rascó la oreja cuando le hicimos aquella pregunta.

—¿Mercurio por aquí? ¿Mercurio? ¿Pero, qué cuerno dicen? Yo ni siquiera sé lo que es eso. ¿Por qué, en lugar de buscar mercurio, no buscan un poco de arena? ¡De eso sí que hay!...

Clara suspiró con desaliento.

—Muchacho —me dijo—, ¿decía aquella enciclopedia desde qué año no estaban explotadas las minas? ¿Te fijaste en eso?

—No... No lo decía.

—Imagínate que no están explotadas desde la época de los colonizadores españoles.

—Pues..., pues es posible —dije vacilando—. ¡Maldita sea! ¿Cómo no he pensado en eso? Para unos yacimientos no significan nada tres o cuatro siglos. Y la enciclopedia anota su existencia y en paz. Aunque, como dices tú, tal vez sea verdad que no se explotan desde la época de los colonizadores españoles.

—En ese caso... ¡la hemos hecho buena!

Paseé mis ojos por el desierto brutalmente abandonado, solitario, inmenso. Por aquella especie de mundo que no tenía principio ni fin. Tan solitario y tan salvaje que fue utilizado por los científicos en 1945 para ensayar la primera bomba atómica, antes de que fueran lanzadas las de Hiroshima y Nagasaki.

¿Por dónde buscar? ¿Por el norte o por el sur? ¿Por el este o por el oeste?

Al fin tuve una idea.

—Aquí tiene que haber un distrito minero —dije—. Aunque tengamos que ir a Santa Fe, la capital, lo encontraremos. Y una vez allí nos informarán.

—No me gustaría que supieran lo que buscamos —susurró Clara—. ¡Pero si no hay otro remedio!

Me sentí arrepentido y un poco avergonzado de todo lo que estaba haciendo.

—No sé por qué te he metido en esto, Clara —susurré—. Tú aquí tienes mucho que perder y nada que ganar.

—Ya te he dicho que las aventuras siempre me han gustado. Y a veces las aventuras más absurdas son las más interesantes. Hala,

vamos a Santa Fe.

Pero no tuvimos necesidad de llegar.

Porque de pronto yo lo vi.

Lo vi con una increíble, con una siniestra claridad.

Como si alguien me estuviera gritando: «¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!»...

Era como volver a algo que creí olvidado para siempre.

CAPÍTULO XV

Tenía los ojos cerrados y me estaba dejando mecer suavemente por los vaivenes del camino cuando de repente lo vi. Fue al alzar un párpado un solo momento, perezosamente. Fue entonces cuando di un brinco en el asiento, mientras sentía otra vez aquella conocida corriente de aire frío en la columna vertebral.

Allí estaban.

Las ondulaciones que había visto tantas veces en el sueño. Las montañas que formaban curvas como jorobas de camello. Y la gigantesca rueda.

¡Todo!

¡Era increíble!

¡Pero estaba allí!

Fue Oscar el que lo comentó, sin dejar de conducir, pero aminorando la marcha.

—Nunca lo hubiera creído. ¿Qué hace aquí un parque de atracciones abandonado? ¿Cómo es que lo instalaron en el desierto?

Yo tenía la boca abierta.

¡Las ondulaciones de los montes que había soñado eran las ondulaciones de las montañas rusas! ¡Y la rueda que había visto en sueños era una gigantesca noria!

—Acérquese, Oscar —musitó—. Acérquese, por favor.

Cuando nos detuvimos a los pies de todo aquello, me di cuenta de que estaba destrozado y ruinoso. Aquellos artefactos al menos tenían veinticinco o treinta años. Daban la sensación de no haber funcionado jamás. La herrumbre comía las articulaciones de la noria y los ensamblajes de las montañas rusas. Los barracones estaban semidestrozados, además de parcialmente cubiertos de arena. Pero aún se leían los rótulos brillantes que tuvieron en otro tiempo: «Tiro al blanco»... «Gran gruta del amor»... «Laberinto de los besos...». «Casa de los Horrores...».

Clara, que no podía verlo, bisbiseó:

—¿Qué es esto?

—Un parque de atracciones. Un parque de atracciones en el desierto.

—¿Pero, quién pudo estar tan loco como para instalar una cosa así?

—Piensa que esto quizá tiene unos veinticinco o treinta años.

—¿Y qué?

—Hace veinticinco o treinta años, esto debía estar más concurrido.

—O menos.

—La verdad es que no lo sé —dije—. Confieso que no entiendo nada, empezando por el hecho de que yo vi esto en sueños, y sin embargo existe realmente. A partir de aquí, todas las brujerías y todas las locuras son posibles. Pero el hecho real es que todo esto existe. Podemos tocarlo. No soñamos esta vez. Y aquí es donde cayó el meteorito.

No me contestaron.

Tuve la sensación de que no me entendían bien. En todo caso fue algo que en el primer momento no pude comprobar.

Y de pronto supe con certeza que había dado con el sitio exacto. Estaba tan seguro que hasta hubiera apostado la vida en ello. ¡Ahora no podía fallar!...

Porque oí el canto del mirlo.

Lo oí claramente.

Llenaba el espacio.

¡Aquel canto, aquella señal que durante docenas y docenas de siglos se había transmitido! ¡Aquella señal más antigua que el Antiguo Testamento! ¡Aquel canto que había sido registrado por los escribas cuando no existían ni, siquiera los primeros profetas! ¡Y encima al otro lado del mundo!

Estaba anonadado.

Hasta me hubiera puesto de rodillas.

Me sentía dominado, aplastado, por una fuerza que venía desde más allá de los siglos y que era superior a mí.

Sin embargo, todo resultaba natural.

Digamos... científico.

El propio Oscar, que no estaba tan impresionado como yo y que

veía la cosa más fríamente, se encargó de demostrármelo.

—Es aquella especie de dedal entre las montañas —dijo—. Aquel orificio redondo entre las rocas, y que debe estar allí desde el principio de los siglos. El viento que sopla al disminuir la temperatura, pasa por él y produce ese silbido. Seguro que sólo debe ocurrir dos al día al amanecer y al atardecer, como ahora...

Ya estaba.

Me llevé las manos a los ojos.

Él mirlo con el sol al lado.

¡Una señal que oídos humanos captaron miles y miles de años antes, cuando África y América aún estaban unidas!

Me dominó una especie de religioso temor.

Yo me sentía muy pequeño ante todo aquello.

O quizá muy grande.

Formaba parte de la especie más invencible del Universo. Formaba parte de la especie humana, cuya fuerza está por encima de la Naturaleza por encima del tiempo, por encima de todo.

Y de pronto me acometió un gran entusiasmo.

Temamos que empezar a trabajar allí.

No podía perderse ni un solo minuto.

Clara susurró:

—¿Qué haces?

Yo no le contesté.

Estaba ya andando por entre los barracones, hundiendo los pies en la arena, dejándome mecer por mis propias sensaciones de asombro. Allí había caído un aerolito docenas de siglos antes. ¿Pero dónde estaba? ¿Y tenía realmente algún valor?

¿No estaríamos haciendo aquello para ir detrás de una simple curiosidad científica?

No, no era posible.

Si los antiguos se molestaron en transmitir el dato, si lo conservaron durante docenas de siglos, si un hombre como Marcuse se obsesionó con él, era porque el meteorito debía tener algo especial. Algo singular.

¡Debía tener, aunque no sabía por qué, un valor incalculable!...

Me introduje en uno de los barracones.

Era el llamado «Túnel de los besos».

¡Qué ironía!

Porque inmediatamente solo al entrar allí, sentí en las venas el frío de la muerte.

CAPÍTULO XVI

El silbido del hacha vino por detrás. Fue un silbido seco, cortante, y tan próximo que no entiendo cómo pude apartarme a tiempo. Mis reflejos funcionaron por mí. Ni siquiera me di cuenta de que me movía. Resultó como esos frenazos *in extremis* que uno hace sin darse cuenta de que frena.

El filo del hacha se clavó en la pared de mi derecha.

Había sido un golpe seco y certero, un verdadero golpe de verdugo destinado a partirme el cuello en dos.

La pared, que estaba hecha de madera y chapa, se vino abajo. Yo traté de volverme.

Pero la oscuridad era absoluta.

Era una oscuridad tan brutal, tan espesa que no veía ni mis propias manos.

Pero yo respiraba agitadamente.

¡Y por aquella respiración me cazaron!

¡Era como si me vieses!

Otra vez el hacha vino hacia mí. Di un terrible salto, guiándome por el sonido. Choqué de espaldas contra una pared y la medio derrumbé. Todo en torno mío parecía estar podrido; parecía desmoronarse, hundirse.

El hacha casi me arañó la mejilla.

Sentí brotar la sangre.

Y un terrible dolor.

Pero conservé la serenidad suficiente para saber que la herida no era grave. De haberme alcanzado bien, el hacha me hubiera hundido el pómulo por lo menos. Me dejé caer al suelo y rodé sobre mí mismo en medio de aquellas tinieblas viscosas.

E intenté no respirar.

Cualquier sonido servía a mi misterioso enemigo de guía.

Me pareció oír unos pasos.

¡Pasos que se acercaban!

Otra vez el hacha rasgó el aire, pero ahora se hundió en el suelo solamente, algo lejos de mí. Había logrado desorientar a mi misterioso enemigo. Al contener la respiración, éste no tenía ningún medio para localizarme.

Entonces me levanté y corrí.

No tenía miedo, pero estaba desorientado. Además, me negaba a admitir una muerte en medio de aquellas tinieblas repulsivas, cuando ya había llegado al fin de mi fantasmal y extraño viaje. ¡Al menos quería morir cuando lo supiera todo! ¡Y morir a la luz del sol!

Tropezaba en todas partes.

Aquello era un maldito laberinto.

El de los besos, sí. Y también el de los trompazos.

Nunca habían encontrado mis narices tantas puertas en su camino. Puertas que yo abría en contra de mi voluntad, claro, a narizazo limpio. Mi cara ya sangraba. Nunca había encontrado tampoco tantos pasillos oscuros y que no llevaban a ninguna parte.

Pensé que estaba ya perdido, que nunca más saldría de allí.

Pero me dio vergüenza pedir socorro a gritos. Aparte de que Clara y el chófer tampoco me oirían.

Mis manos tendidas palpaban las tinieblas.

No sabía dónde estaba, pero al menos no captaba tampoco el silbido del hacha. En ese sentido me había salvado. Ni sé tampoco cuánto tiempo estuve así, palpando las paredes y las tinieblas, hasta que de pronto tropecé con una puerta más. Una puerta que no era como las otras, porque tras ella... ¡vi la luz del sol!

Mi propio impulso me hizo caer.

Hundí la cara en la arena roja del desierto.

Pero al menos estaba vivo. Al menos veía el sol después de toda aquella oscuridad maléfica. Me sentía renacer.

Poco a poco alcé la cabeza.

Y vi las piernas de Clara Laurentien.

Detenidas ante mí.

Las maravillosas piernas de Clara Laurentien.

Y sus caderas.

Y sus manos que sostenían un hacha.

Y junto a ella las sólidas piernas y la poderosa arquitectura de su

chófer Oscar.

Su chófer que entre las manos sostenía, como el que sostiene un juguete, una moderna metralleta.

CAPÍTULO XVII

De entre todas las cosas feas, cochinas y amargas que me habían sucedido desde que empezó aquella condenada aventura, ésta era sin duda la peor. La sorpresa fue tan brutal, tan absoluta que no supe reaccionar. Quedé allí parado como un tonto, sin levantarme, sin fuerzas ni para ponerme en pie. Aquello era superior a toda mi capacidad de comprensión. Supe que ya jamás tendría energías para salir de aquella especie de cárcel de arena.

Sólo tenía ojos para mirar el hacha de Clara Laurentien.

¡Aquella hacha con la que había tratado de matarme!

¡Por supuesto que podía localizarme sólo por el ruido de la respiración!

¡Los ciegos tienen sentidos que las personas normales no hemos tenido jamás!

Pero todo aquello, ¿por qué?

Fue la misma voz de Clara la que contestó a mi muda pregunta.

Su voz tan quieta como el aire del desierto.

—En realidad tú nos has traído aquí, amigo. Tú nos has traído al sitio que veníamos buscando desde hacía años.

—¿Vosotros... buscabais esto?

—Lo buscaba yo —musitó Clara—. Oscar es fuerza bruta. Oscar es un simple auxiliar que no piensa.

Trataba al chófer con más desprecio que nunca, aunque realmente aquella muchacha succulenta siempre había obrado como si Oscar no existiese. Aceptaba sus servicios porque los necesitaba, pero no tenía la menor atención, con él. Ahora me di cuenta de que lo despreciaba por el hecho de que se veía obligada a depender de él.

—¿Pero por qué lo buscabas? —susurré—. Un aerolito es una simple curiosidad científica. Han caído miles de ellos sobre la tierra.

—Pero tal vez ninguno de este tamaño. Y ninguno, desde luego, cuyo recuerdo se haya transmitido a través de la noche de los

tiempos como un caso irrepetible y único, como una auténtica maravilla del Universo.

—Será por el tamaño... —susurré.

—Ese aerolito pesaba unas veinte mil toneladas —dijo Clara—. Los cálculos de Marcuse determinaban más o menos eso. A los que lo vieron les pareció mucho mayor porque causó una gran mortandad. Entonces esto no era un desierto.

—Bueno, pero un aerolito de ese peso tampoco es ninguna... ninguna... —balbucí.

Pero quedó cortado en seco cuando ella preguntó:

—*¿Te imaginas lo que son veinte mil toneladas de oro puro?*

Quedé sin respiración.

¡Oro!

¡Un aerolito de oro!

¿De dónde infiernos podía haber venido?

Pero eso era lo de menos. Lo cierto era que estaba allí. A una profundidad todavía ignorada, pero sin duda bastante respetable. Cubierto durante siglos y siglos por las arenas del desierto.

¡Veinte mil toneladas de oro!

Sólo al pensarlo se me llenaba la frente de sudor.

Y comprendía por qué los antiguos escribas dieron testimonio de ello, y por qué el recuerdo perduró, unido incluso a motivos religiosos, a través de generaciones y generaciones. Aunque los cambios climatológicos hicieron que aquella zona pasara a ser infranqueable para los hombres primitivos, de modo que el meteorito no pudo ser explotado. Y, al fin, la separación entre los continentes hizo que se perdiera casi por completo su pista.

Todos estos pensamientos cruzaban como chispazos mi cerebro.

Y las palabras de Clara aún lo concretaron todo más:

—Marcuse, que era un estudioso de los textos más antiguos del mundo, encontró la pista de esto hace cuatro o cinco años —musitó—. Incluso me lo dijo, puesto que entonces ya trabajaba para mí. Pero ninguno de los dos nos tomamos la cosa en serio. En aquella época Marcuse no vivía en San Francisco, sino en Chicago. Y fue entonces cuando noté que un cambio tremendo se estaba operando en él. Sus investigaciones habían proseguido. ¡Y se daba cuenta de que aquella extraña leyenda era verdad! ¡Demasiados datos concordaban!

—¿No quiso darte ya más datos?

—No. Y precisamente eso me hizo comprender que la cosa tenía importancia. Marcuse estaba obsesionado. Llegué a poder fotografiar en secreto algunos de sus papeles y me di cuenta de que aquello podía convertirme, sin gran esfuerzo, en la mujer más rica del mundo.

—Pero tú ya eres rica, Clara...

Rió ásperamente.

—Cierto, no soy pobre. Tengo un negocio editorial heredado de mi padre, pero si se hiciera una lista de las fortunas de este país, del uno al tres mil, yo ni siquiera entraría en ella. Y en cambio, con un poco de esfuerzo, podía ser la número uno. ¿Comprendes? ¿Te das cuenta de por qué no dejé pasar esa oportunidad?

—¿Trataste de matar a Marcuse?

—No de matarle precisamente, pero sí de sonsacarle lo que sabía. Lo de la eliminación vendría después. El se dio cuenta de la situación y desapareció de Chicago. En otras palabras: *murió*.

Hice un gesto de asentimiento, dándome cuenta de muchas cosas que al principio me habían parecido inexplicables.

—Quieres decir que hizo publicar su esquila en los periódicos...

—Sí. Eso es sencillísimo.

—¿Y que encontró un cadáver parecido a él? Quizá un cadáver de un hospital que le fue sencillo reclamar como si se tratara de un pariente suyo...

—Exacto.

—Y que hizo quemar en su nombre, en aquel infecto crematorio de Chicago...

—Así es.

—Todo para huir de ti. Porque sabía que querías matarle...

—Exacto. Y confieso que al principio me convenció.

—Dijo Clara. —Las cosas como sean: todo estaba bien preparado y resultaba convincente. Marcuse vino a San Francisco y creyó que me había dado esquinazo para siempre. Pero yo encontré leves indicios de su presencia al cabo del tiempo. El mundo es un pañuelo. Hubo personas que me hablaron de él y al principio no las creí. Pero luego empecé a buscar, a buscar...

Me puse poco a poco en pie.

Las piernas me fallaban y tuve que hacer un casi sobrehumano

esfuerzo para mantener la dignidad.

Erguí mi figura y pude mirarla con desafío. Lástima que Clara nunca lo supo.

Continuó:

—Mientras tanto Marcuse ya había adelantado mucho en sus investigaciones. Sin duda había estado aquí. Y había contratado a otro viejo profesor para que le confirmara unos datos.

—Daucik —dije—, el que murió en Las Vegas. Supongo que lo liquidásteis vosotros.

—Sí.

—Pero no pudisteis encontrar nada...

—Eso fue lo malo.

—Yo, en cambio, lo encontré, Clara. Yo había visto incluso las películas obtenidas por Marcuse cuando vino aquí. Porque al principio me pareció que lo soñaba, pero ahora lo comprendo. *¡Las vi!*

—¿Las viste? ¿Cómo?

—Hace tiempo sufrí un accidente de coche y estuve en el hospital entre la vida y la muerte. Posteriormente, como no tenía dinero, alquilé para terminar de restablecerme, una habitación en una casa que estaba amenazada de derribo. Justo como la de Marcuse, situada enfrente. El tenía razones para creer que en aquella casa, la mía, no vivía nadie; además estaba el hecho de que yo nunca me asomaba a la ventana. Por eso, y en las noches de calor, se acostumbró a pasar las películas sin cerrar los postigos. Y yo, que estaba bajo los efectos de unas medicinas casi narcotizantes que me administraba un médico llamado Alfred, no podía distinguir entre el sueño y la realidad. Aquellas medicinas fueron bien para mi curación, pero me embotaban de tal modo que me sumían en una especie de estado crepuscular, en que las cosas reales parecían soñadas, y al revés. Durante las noches, pues, vi las películas que Marcuse se proyectaba para sí mismo, a fin de determinar mejor el sitio en que pudiera estar hundido el aerolito. También vi cómo aquella muchacha se arrojaba por la ventana. En aquel momento me pareció también un sueño.

—Eso no lo he entendido nunca —susurró Clara con voz tranquila, muy segura de sí misma—. ¿Por qué infiernos se mataría aquella chica?

—Muy sencillo —dije.

—¿Sencillo?

—Claro que sí. Marcuse la contrató para que cuidara de él, ya que por su edad y su precaria salud empezaba a no poder ocuparse de sí mismo. Al principio todo fue bien... hasta que aquella chica debió empezar a notar detalles extraños en su conducta. Hasta que debió ver una de aquellas películas en que aparecían los cadáveres saliendo de sus fosas. Y sólo le faltó descubrir por casualidad un periódico en el que pudo leer ¡la esquela del propio Marcuse! Entonces se sintió acometida por un ataque de horror. No pudo más. Colocó aquel pesado armario tras su puerta, deseando defenderse. Pero aun así el miedo podía más que ella. La venció finalmente. Y en un instante de pánico se arrojó por la ventana, deseando huir de aquella pesadilla. Fue la única víctima que causó Marcuse, realmente sin saberlo.

Hubo un silencio después de mis palabras.

Yo notaba que respiraba ansiosamente, en contraste con la frialdad de Clara y Oscar, que podían matarme cuando quisieran.

Pero, curiosamente, ahora que sabía que iba a morir no sentía ningún temor. Ahora que sabía que todo había terminado les miraba con una sonrisa de desafío. Y lo que más lamentaba era que Clara no pudiese verla; que sólo la viera aquel cerdo de Oscar.

El sol declinante del desierto me daba ahora de lleno en los ojos.

No me dejaba apenas ver.

Pero hice más ancha mi sonrisa de desprecio.

—Lo que nunca he entendido —musité—, ha sido eso de los hombres-muerto. No creo en lo sobrenatural, aunque nadie puede asegurar que lo sobrenatural no exista. Pero con esos fantasmas he sentido un pavor y un asco que no había sentido jamás.

—Entiendo muy bien que te haya asombrado lo de los hombres-muerto.

Era la voz de Clara Laurentien.

Aquella voz suave, tranquila, de mujer segura de sí misma y que podía ordenar la siniestra canción del «Ra ta ta» en cualquier momento. Oscar seguía apuntándome, y puedo jurar que el cañón de la metralleta no se había separado ni un milímetro del centro de mi cabeza.

—Por lo que he sabido de este asunto —añadió Clara—, hubo en

el período inicial, hace no sé cuántos miles de años, una especie de secta religiosa que defendía el lugar donde había caído el aerolito. No resulta extraño, puesto que éste debía ser para ellos un envío de los dioses. Les llamaban los hombres-muerto porque eran los que se encargaban de abrir las sepulturas y momificar los cadáveres.

—Comprendo.

—Eso me dio a mí la idea de crear los hombres-muerto a mi vez. Pensé que su presencia podía resultar absolutamente inexplicable y que, por el terror que infundían, resultarían invencibles. En realidad eran asesinos profesionales perfectamente maquillados. En sus cabezas, un casco de plástico imitando perfectamente una calavera. Unida a esos falsos huesos, unas tiras de carne, falsa también, preparada con materiales igualmente plásticos. Sus ropas, que parecían hechas jirones, pero que estaban rotas sólo en lugares muy bien calculados, mostraban zonas de falsos huesos. A la luz del día no hubieran producido tanto efecto, pero en la penumbra causaban una impresión estremecedora. Y siempre aparecían en la penumbra o en la semioscuridad. Un especial «olor a cadáver», muy bien preparado, con el que se les impregnaba, ayudaba a la sensación de estar ante un auténtico muerto viviente.

Lo iba entendiendo todo, pero barboté:

—¿Por qué me seguisteis a aquel crematorio de Chicago? ¿Por qué matar a Robin?

—Pensamos que allí podía estar escondido Marcuse. Lo de Robin fue un accidente. Se puso un poco tonto y...

—¿Pero qué sistema de muerte empleaban esos monstruos? ¿Por qué sacaban toda la sangre a sus víctimas?

—Para dar mayor sensación de algo inexplicable, y para desorientar a la policía si era necesario. Un golpe en la nuca bastaba para dejar a la víctima sin conocimiento. Dos agujas unidas a un cable se clavaban en su yugular. Y bastaba entonces una bomba aspiradora y un recipiente adecuado para que se quedara sin sangre en unos segundos.

—¿Uno de esos hombres-muerto liquidó a Marcuse?

—Sí.

Pero al llegar a este punto sí que había algo que yo entendía. Algo que me hizo barbotar:

—No tiene sentido. Si tú ordenaste matar a Marcuse, ¿cómo es

que no sabías dónde estaba?

Clara farfulló:

—Mis hombres-muerto tenían orden de buscarlo y apresarlo para hacerle hablar... Pero uno de ellos debió encontrarlo antes de lo que yo pensaba. En realidad, nunca he podido saber bien lo que sucedió. Lo único seguro es que uno de mis asesinos ha desaparecido.

—Claro que ha desaparecido... —dije yo con voz burlona—. Y a él, así como al cadáver de Marcuse, los has tenido bajo tus pies sin sospecharlo. El profesor logró llegar por un tubo de aire acondicionado a un lugar del sótano que estaba ya clausurado totalmente. Pensaba ocultarse allí, pero el hombre-muerto le siguió. Acabó con Marcuse y entonces le ocurrió algo que no esperaba: no supo salir. Se había equivocado dos veces: una al acabar con el profesor sin hacerle hablar; otra al creer que salir del sótano sería muy sencillo. Debió resbalar varias veces por el tubo del aire acondicionado y al final sus fuerzas fallaron. Seguramente gritó, aulló... Lo único que no debió pensar fue que dando golpes al tubo el sonido se transmitiría a los pisos superiores. Cuando yo descendí a mi vez, ya varios días más tarde, debía estar al borde de la muerte, pero aun así conservaba parte de sus fuerzas. En lugar de pedirme socorro, cosa que yo le hubiera prestado, me atacó... No hay que decir que acabé con él con cierta facilidad, aunque no pude examinarlo de cerca porque un derrumbamiento parcial ocultó su cadáver. Ésa es la explicación, Clara Laurentien. Marcuse ha estado muy cerca sin que tú lo imaginaras.

Ella rió secamente. Los errores que había cometido no la impresionaban.

Al contrario saboreaba su triunfo como si pudiera ver el panorama. Se sentía segura de sí misma, exultante, pletórica.

—Ahora no tenga más que registrar este terreno a mi nombre —barbotó—. Esto es el desierto, o sea que no pertenece a nadie. Y empezaré las perforaciones hasta encontrar el aerolito de oro. ¡Será enteramente mío! ¡Un tesoro que ha estado guardado durante docenas de miles de años lo tendré yo! ¡Yo solamente!...

Se estaba excitando. La codicia brillaba en sus ojos, aquellos ojos que de repente habían adquirido luz. Con una mueca despectiva que entenebrecía sus labios sedosos, masculló:

—¡Dispara Oscar! ¡Cósele a balazos de una vez! ¡Disparaaaaaa!...

Pero Oscar no apretó el gatillo.

Yo esperaba la rociada de balas y sin embargo la rociada de balas no llegó.

Contuve la respiración.

¿Por qué Oscar, aquel condenado perro, no disparaba? ¿Por qué no me enviaba al infierno de una vez?

Y de pronto lo comprendí.

De pronto capté aquel detalle brutal que me helaba la sangre en las venas.

¡Estaba volviendo la metralleta hacia Clara Laurentien!

¡Aprovechando que ella no podía verle, iba a asesinarla!

—¡Dispara! —gritó ella—. ¿A qué esperas, idiota?

—No espero a nada —susurró Oscar con voz burlona—. No espero ya a nada, cariño mío.

Y apretó el gatillo.

Clara Laurentien no sabía que la estaba apuntando a ella. Creyó que la rociada iba para mí. Incluso, en el momento de oír las detonaciones, sonrió. Entonces comprendí que es cierto eso que dicen de que la primera bala no causa dolor. Fue unos segundos más tarde cuando la sorpresa brutal saltó a su rostro, cuando su boca se torció, cuando sus dedos, en un esfuerzo patético, arañaron el aire.

—¡Trai... dor!

Pero Oscar siguió disparando.

Era un repulsivo y sucio asesino.

Era un hombre capaz de matar a sangre fría a una ciega, aunque esa ciega fuera tan culpable como él.

Cuando la tuvo en el suelo, a sus pies, aún siguió disparando.

Todo el hermoso cuerpo de Clara Laurentien se había convertido en una mancha roja.

—Siempre me has humillado —barbotó—. Siempre he sido tu perro guardián, tu esclavo, tu don nadie... Nunca has confiado en mí... ¡Hasta para matar a ese imbécil dentro del túnel has pensado que tú lo harías mejor! ¿Y qué creías? ¿Qué iba a quedarme yo con las migajas? ¿Qué pensabas? ¿Qué pudiendo convertirme en el hombre más rico del mundo seguiría siendo tu esclavo?

Estaba como enloquecido.

Yo no podía ni moverme.

Me asombraba que en un hombre pudiera haber tanto odio, tanto desprecio hacia una mujer.

Sabía que ahora me tocaba a mí.

Pero los músculos se me agarrotaban. No podía ni respirar.

—No sabrás hacerla desaparecer —barboté—. Tarde o temprano la policía cribará el desierto; la encontrará. Una mujer como Clara Laurentien y sus fabulosos «Rolls» llaman la atención. Son muchos los que nos han visto pasar. Ciendados señalarán esta ruta del desierto. Y la policía terminará encontrando su tumba y la mía...

Me envió a través del aire una sonrisa helada.

Por lo visto aquello le importaba muy poco.

—Aunque creas que no tengo nada previsto, yo también pienso —barboté—. Y hay un sitio donde puedo encerrarlos a los dos sin que nadie os encuentre jamás. Precisamente no lejos de aquí... El sitio donde Clara hacía entrenarse a sus hombres-muerto. Unas viejas sepulturas que la gente cree que no han sido tocadas en más de cien años...

Cerré los ojos.

Y de pronto comprendí.

El sitio donde Clara hacía entrenarse a sus hombres-muerto. ¿Qué más natural que unas sepulturas desde las que infundiesen pavor a cualquiera, y que además pudieran servirles como refugio en caso necesario? Unas tumbas que Marcuse debió filmar con teleobjetivo. Eran las mismas que yo había creído ver en mis sueños. ¡Tenían que serlo!

Y he aquí que yo iba a reposar en una de ellas...

Una angustiosa sensación de frío me recorría la espalda.

Imaginaba el viaje de nuestros cuerpos —el de Clara y el mío— en el portaequipajes del «Rolls». Imaginaba a los dos en la misma fosa. Imaginaba sin querer la terrible soledad de nuestra muerte.

Oscar alzó un poco la metralleta.

—De todos modos, tienes suerte —dijo—. No todo el mundo la diña sobre veinte mil toneladas de oro...

Y apretó el gatillo.

Pero si creía que la cosa iba a resultarle tan fácil como con Clara Laurentien, estaba listo. Yo le veía y sabía moverme. Yo había recobrado otra vez la plena capacidad de mis músculos. Yo..., ¡yo

quería vivir!

Un segundo antes de que él enviara la rociada de balas, me había inclinado hacia adelante, hasta que mis manos tocaron el suelo. Simulaba mirar sólo el cadáver de Clara.

—Deja que me despida de ella... —barboté.

En realidad no moví más que las dos manos. Y las dos manos enviaron una rociada de arena a los ojos de Oscar. Una doble rociada de arena que le hizo lanzar un grito mientras las balas arañaban el aire.

No me estuve quieto ni una décima de segundo.

Aproveché su desorientación, su sorpresa... Incluso le había acometido un principio de pánico que yo supe utilizar muy bien. Me arrojé a sus rodillas y caímos los dos sobre la arena del desierto. ¿He dicho que Oscar era un auténtico toro? Bueno, pues lo repito. Con una flexión de su poderoso tronco me envió por los aires, mientras intentaba poner otra vez en línea de tiro su metralleta. Pero sus ojos le seguían quemando y no podía ver. Me envió una ráfaga rasante que se perdió en el espacio y no me hizo ningún daño.

Volví a saltar.

Y esta vez le cacé mejor. Le pude propinar en los riñones un puntapié que le obligó a brincar sobre la arena, mientras lanzaba un aullido de dolor. Inmediatamente le sujeté con las dos manos la metralleta, desviándola de mi cabeza.

El pudo disparar de nuevo. Las balas emitieron extraños aullidos en la soledad del desierto. Pero Oscar sólo se preocupaba del arma y eso le perdió. No quiso prestar atención al hecho de que él estaba en el suelo y yo de pie. No pensó que podía clavarle un zapato en el cuello, como efectivamente hice.

Le oí gruñir de dolor.

Forcejamos rabiosamente por la metralleta; yo queriendo desviarla y él tratando de situar el cañón bajo mi cabeza. Pero en realidad la lucha decisiva no se ventilaba allí, y yo lo sabía. En realidad yo le estaba dejando sin aliento al apretarle el cuello. Le estaba estrangulando con la presión salvaje de mi zapato.

Pronto se oyó un estertor.

Un estertor ronco que parecía llegar de muy lejos.

Yo seguí apretando.

Con todas mis fuerzas, con toda mi desesperación.

Apretando...

Y cuando Oscar quedó inmóvil, cuando Oscar dejó de luchar al fin, caí yo también agotado sobre la arena del desierto. Caí de rodillas mientras el mundo parecía dar vueltas en torno mío. Mientras me parecía volver a vivir otra vez aquellos malditos sueños...

Y seguía pareciéndome un sueño cuando volví a San Francisco en el «Rolls», pero ahora yo solo. Y cuando expliqué a la policía lo que había ocurrido. Y cuando mentí como un granuja, como un indeseable, como un batracio. Porque la muerte de Clara la achaqué a un oscuro asunto de celos, a una especie de crisis homicida que había sufrido Oscar y de la que yo tuve que defenderme. No dije ni palabra del oro. ¡Oh, no, de eso no! No hablé para nada del aerolito ni de lo que había costado ya la vida a tanta gente.

¿Por qué iba a decirlo?

¿Se imaginan?

¡Yo podía ser el hombre más rico del mundo!

¡Podía serlo haciendo lo que primero Clara y después Oscar trataron de hacer!

¡Registrar aquellos terrenos a mi nombre!

Era..., jera tan condenadamente fácil!

A la única persona que se lo expliqué fue a Rosanna. Rosanna era la mujer que me había ayudado en un momento crítico, la mujer que había llegado hasta lo más hondo en mi corazón y a la que yo quería hacer partícipe de mi fortuna. La única mujer que conocería conmigo un secreto que, en veinte mil, treinta mil años no se había podido desvelar.

Rosanna, asombrada, escuchó aquello con los ojos muy abiertos.

Casi aterrada ante lo que oía.

Pero ¡qué diablos!, dijo que sí. Con aquel dinero podía enviar al diablo a Pineas Pinker, su jefe. Podía aplastarle, hundirle, convertirlo en una mosca dentro de una balsa de agua. Podía ser independiente, libre. ¡Podía hacer todo lo que una mujer sueña!...

Y por eso, sin pérdida de tiempo, nos fuimos a registrar las tierras. Nos dispusimos a registrar a nuestro nombre aquel trozo de desierto perfectamente determinado, puesto que en él había sido levantado una especie de parque de atracciones. Motivo legal que

nos permitía a la inscripción: íbamos a hacer unas prospecciones mineras.

Pero allí vino la bomba.

Sí, señor, la bomba.

El funcionario del registro localizó la zona y nos soltó:

—No pueden registrar ese sector. Aquello es propiedad del Gobierno. Todo lo demás sí, pero aquello justamente no pueden.

—¿Por... por qué?...

—Legalmente aún es zona de experimentaciones. Lo es desde 1944. Precisamente el falso parque de atracciones se construyó para saber si una bomba nuclear subterránea podía destruir unas edificaciones ligeras hechas a cierta distancia.

—¿Una bomba nu... nuclear sub... sub... subterránea?

—Claro que sí, amigos. La primera que se experimentó fue justamente allí, antes de que Traman decidiera lanzar la de Hiroshima. Una bomba que debió aniquilar todo el subsuelo en varias millas a la redonda.

Rosanna y yo nos quedamos petrificados.

Con los pies clavados en el suelo.

Sin poder ni hablar.

Ni pensar.

Bueno, sí, pensábamos una cosa:

Que el meteorito había sido pulverizado... ¡por la primera bomba que Estados Unidos probaron!

¡Sin saberlo nadie!

¡Sin imaginarlo siquiera!

El funcionario bisbiseó:

—¿Le ocurre algo, amigos? ¿Qué les pasa?

No contestamos.

Nos fuimos los dos.

Conque bombas atómicas, ¿eh? Conque en Hiroshima hubo casi trescientas mil víctimas, ¿eh? ¿Y nosotros qué? ¡A nosotros que nos partiera un rayo!

Rosanna balbució:

—Y aún le debo quinientos dólares a Pineas Pinker...

—Y yo te los debo a ti...

—Pues vas a pagármelos —soltó—. Vas a estar casado conmigo hasta que me los pagues...

Yo me di cuenta de que estaba caído en la trampa.

Porque quinientos dólares, con lo achuchada que está la vida, no iba a poder pagarlos hasta que me muriera...

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] De una forma amplia se llama «free-lancer» al que realiza una actividad libre o por su cuenta, sin necesidad de tener para ello título académico. Un fotógrafo o un pintor pueden ser, pues, «free-lancer». Pero en sentido estricto se aplica la palabra al periodista que hace reportajes por su iniciativa, cuenta y riesgo, y luego los vende. Esos reportajes suelen ser literarios y gráficos, y sus autores arrojan una tasa de mortalidad, según una reciente estadística de la UNESCO, casi igual a la de los pilotos de pruebas. (N. del A.). < <

[2] Marcuse (Herbert) uno de los más discutidos, filósofos de nuestro tiempo, enseña en la Universidad de Berkeley, precisamente contigua a la ciudad de San Francisco, al otro lado del famoso Golden Gate. Su teoría más conocida es la de que las fuerzas revolucionarias actuales están en los intelectuales y los estudiantes, pues los obreros sólo rigen por sus necesidades materiales, y éstas, con mayor o menor urgencia, van siendo satisfechas. (N. del A.).

< <

[3] El pueblo sumerio es el de cultura más antigua entre los actualmente conocidos. Habitó el Asia Menor y puede decirse que todas las culturas posteriores, entre ellas algunas tan importantísimas como la hebrea y la egipcia, parten de la cultura sumeria. (N. del A.). < <

[4] Como un símbolo de que Las Vegas vive del juego, su aeropuerto es el único del mundo en el que hay instalada una hermosa colección de máquinas tragaperras. (N. del A.). < <